

OTROS ANTECEDENTES DE LA HISTORIOGRAFIA FILOSOFICA ARGENTINA *

por DIEGO F. PRÓ

DELFINA VARELA DOMÍNGUEZ DE GHIOLDI (1895): Ingresó en 1920 a la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, en la rama de la filosofía. Allí tuvo como maestros, en años brillantes de aquella facultad a Coriolano Alberini, Ricardo Rojas, Lidia Paradotto, Rómulo Martini, Cristofredo Jacob, Enrique Mouchet, Alejandro Korn.

Nacida en la Provincia de San Luis, y con antigua ascendencia en el país, acaso estas raíces vernáculas la inclinaron a la búsqueda y el estudio de las raíces filosóficas y espirituales del país. Su extensa labor docente, iniciada en 1917 como maestra en el Consejo Nacional de Educación; en 1923 como profesora en el Colegio Nacional Bernardino Rivadavia, culminó en 1957 como profesora titular de la cátedra *Historia del pensamiento y la cultura argentinos* en la misma Facultad en que había hecho sus estudios universitarios. Se retiró en 1963 para acogerse a la jubilación.

Entre las publicaciones vinculadas con la historiografía del pensamiento filosófico argentino, la Prof. Varela Domínguez de Ghioldi cuenta con las siguientes: *Alejandro Korn* (1932); *Juan Crisóstomo Lafinur* (1934); *Filosofía Argentina. Los Ideólogos* (1938); la *Fi-*

* La primera parte de este trabajo fue publicada en *Cuyo*, tomo VI, págs. 23 - 77. Mendoza, 1970. Estudio realizado con el auspicio de C. A. P. I.

losofía Argentina. El canónigo Dr. Juan Ignacio de Gorriti (1947); Filosofía Argentina. Vico en los escritos de Sarmiento (1950); Diccionario historiográfico y literario (1952); Para la historia de las ideas argentinas (1952); La generación argentina del 37 (1956); Un filósofo argentino en el siglo XIX: Juan Bautista Alberdi (1960); Alejandro Korn, historiador del pensamiento argentino (1960). Entre sus trabajos inéditos figuran algunos de interés para la historia del pensamiento filosófico argentino: La filosofía de la libertad en Alejandro Korn (1960); Un filósofo sanjuanino: Manuel J. Quiroga de la Rosa (1961); Francisco Romero en la cultura filosófica argentina (1963); Joaquín V. González en la cultura argentina (1964); En la búsqueda de ser nacional (1967); La libertad creadora en la Filosofía Argentina (1969).

En esta vasta producción destacamos en primer lugar, y no sólo por razones de cronología, el libro *Los Ideólogos* (1938). Su autora estudia en él la penetración y desarrollo de la Ideología en la Argentina. Esta obra se publicó al mismo tiempo que el Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires daba a conocer en una edición crítica el *Curso Filosófico* de Juan Crisóstomo Lafinur, con un estudio introductorio de la misma Prof. Varela Domínguez de Ghioldi. En ambos trabajos los contenidos expuestos son coincidentes, razón por la cual los consideramos en conjunto.

La autora comienza presentando un panorama del desarrollo de la Ideología en Francia. Para ello sitúa este movimiento filosófico en relación con la filosofía de las luces. A esta última corriente pertenecieron, en el país gálico, los filósofos y pensadores que escribieron la *Enciclopedia* francesa: Condorcet, D'Alambert, Voltaire, Diderot y otros. Caracteriza las ideas fundamentales de esta tendencia en el terreno de la psicología, la ética, el derecho y su repercusión en el campo político y educacional. La filosofía de las luces tiene un acento racionalista y matemático que pondera la filosofía y las ciencias. Además posee un fuerte acento popular. La ideología prolonga ese carácter racionalista, pero le da un sentido

genético, que diferencia el análisis cartesiano del análisis Condillac. El nombre de la corriente se la dio Destutt de Tracy. Pertenecen a este movimiento Daunou, Destutt de Tracy, Volney, Cabanis, Lakenal, Laromiguiere. La autora sitúa cada uno de estos filósofos dentro de la época.

Tras la presentación aludida, la Sra. Varela Domínguez de Ghioldi estudia la penetración y desarrollo de la Ideología en Buenos Aires y el país. Estamos en la época de Rivadavia. En sus viajes a Europa, éste había tratado personalmente a los ideólogos franceses: Destutt de Tracy, Benjamín Constant, Daunou. Además, había conocido en Londres a Jeremías Bentham y James Stuart Mill. A partir de la actuación de Rivadavia como ministro de gobierno del Gral. Rodríguez en 1819, y posteriormente en su actuación presidencial, la Ideología adquiere un desarrollo importante en el país. Es la filosofía que sostiene las transformaciones políticas de la época. Los hombres que dirigen el país entre aquel año y 1827 fomentan el cultivo de esta filosofía. Se trata de hacerla popular e integrarla en la conciencia nacional por medio de la educación.

La autora muestra el desarrollo de la Ideología a través de la enseñanza de Juan Crisóstomo Lafinur, Juan Manuel Fernández de Agüero y Diego Alcorta. El primero como profesor de filosofía en el colegio de la Unión del Sud (1819), durante el Directorio de Pueyrredón; el segundo como profesor en el Departamento Preparatorio de la Universidad de Buenos Aires (1821 - 1827) y Diego Alcorta en el mismo lugar dejado por Agüero (1828 - 1842).

Por cierto, el estudio introductorio de la edición del *Curso Filosófico*, ahonda en la figura de Lafinur, tanto en los aspectos biográficos como doctrinarios. Por lo que hace a las influencias recibidas por Lafinur, se puntualizan las de Destutt de Tracy, Condillac y el abate de Mably. Esta edición de la obra de Lafinur está acompañada de un "Apéndice de documentos", que contiene el itinerario docente e intelectual del personaje.

Con el nombre genérico de *Filosofía Argentina* la Prof. Varela Domínguez de Ghioldi ha publicado una serie de monografías. La

primera de ellas estudia la significación del canónigo Dr. Juan Ignacio de Gorriti. Se publicó en 1947. Contiene esta obra, además de la biografía y el perfil intelectual de Gorriti, una teoría de la Revolución de Mayo. Entre las influencias recibidas por Gorriti anota las de Fenelón, Bossuet, Rousseau y Condillac.

En otro volumen de *Filosofía Argentina*, esta vez del año 1950, la Sra. de Ghioldi ofrece su estudio de Vico en los escritos de Sarmiento. Sostiene que las influencias del filósofo italiano son más decisivas que las de Herder en el escritor sanjuanino. Se aparta así de otros autores, tales como Alberini, Raúl Orgaz, Américo Castro, Raimundo Lida, que han rastreado las influencias herderianas en Sarmiento.

El problema surge porque el autor de *Facundo* ha conocido a los dos importantes filósofos de la historia aludidos, de un modo indirecto. A Vico a través de Jules Michelet, que tradujo los escritos de aquél en 1827 en la obra *Principles de la Philosophie de l'Historie*. También por medio de Vicente Fidel López y otros hombres de la generación del 37, que habían tratado en el Salón Literario a Pedro de Angelis, quien difundió en Buenos Aires las ideas de su compatriota. A Herder lo conoció a través de los románticos franceses de las primeras décadas del siglo XIX, conocidos en Buenos Aires gracias a Ecreverría, Alberdi, López y otros.

A la anotada dificultad en el estudio de las influencias en los escritos de Sarmiento, se agrega su personal esfuerzo creativo, su capacidad de elaborar síntesis creadoras con elementos intelectuales cuyos orígenes no cita o menciona de paso. Su vigorosa personalidad intelectual, que ponía un sello y estilo propios en sus escritos, no siempre permite discriminar con seguridad las fuentes y las influencias recibidas.

Por otra parte, hay que recordar que tanto Vico como Herder fueron historicistas y que hay entre ellos muchas coincidencias en materia de filosofía de la historia, y también desde luego diferencias, lo cual hace que los estudiosos y los críticos, en el análisis de

las obras de Sarmiento, atribuyan las fuentes e influencias, siempre indirectas, sea a Vico, sea a Herder.

Vico en los escritos de Sarmiento es un trabajo orgánico, bien escrito, con un impulso que lo atraviesa desde el principio hasta el fin. Se expone en él, sobre el fondo de la situación histórica y cultural de la época, en el cañamazo de los escritos de Sarmiento, los hilos del pensamiento de Vico, entretejidos con otros muchos; y todos sujetos a la síntesis creadora del escritor sanjuanino.

Como el libro anterior, *La generación del 37* (1956) tiene a la vez que un propósito de investigación otro de difusión popular. Se caracteriza porque sitúa las ideas filosóficas de la generación mencionada dentro del contexto histórico de la época. No cae la autora en una historiografía abstracta que deriva las ideas de las ideas a través de las ideas. De este modo la Sra. Varela Domínguez de Ghioldi atiende por un lado, a las influencias filosóficas europeas, a la vez que al acento nacional que adquieren las mismas en el proceso histórico argentino.

Aunque el libro tiene como tema central los hombres de la generación del 37, para entrar en él estudia antes el contenido y la significación del Credo de Mayo, esto es, las ideas y designios de los hombres de 1810, entre los cuales incluye a Rivadavia. En la búsqueda de los antecedentes de Mayo, bosqueja la situación intelectual en la época de la dominación española. De esta manera, la autora presenta una síntesis del desarrollo de las ideas filosóficas desde la Colonia hasta los años de la Organización Nacional. Trata pues de revelar de qué espíritu viene el país. Desgraciados los pueblos que ignoran a qué espíritu pertenecen.

En su interpretación de la Revolución de Mayo, la Sra. Ghioldi sostiene y desarrolla la tesis de que tal acontecimiento tuvo una preparación ideológica y filosófica, que se concreta durante el proceso revolucionario en el Credo de Mayo, obra de Belgrano, Moreno, Castelli, Vieytes, Monteagudo, Moldes y otros. El Credo estaba integrado por las siguientes ideas y creencias:

1) la libertad en la forma de la independencia externa del país y como valor central para la organización interna de las instituciones; 2) la democracia como concepción de Estado; 3) la república representativa como forma de gobierno; 4) la idea y la creencia del progreso histórico; 5) la educación popular; 6) la libertad de imprenta; 7) el acceso a las fuentes de información. En sus "Memorias" Belgrano y Saavedra declaran que, en realidad, la Revolución de Mayo no tuvo preparación ideológica. Y Alberdi en su estudio sobre la Revolución de Mayo afirma que si bien no se tenía resuelto el PARA QUÉ de la misma, se conocía el PORQUÉ. A juicio de la Sra. de Ghioldi ambos aspectos formaban parte de la conciencia histórica de los hombres de mayo.

Estudia la autora la generación del 37 y los hombres que mejor la representan: Echeverría, Sarmiento y Alberdi. Los sitúa dentro de la concepción del mundo y la filosofía del historicismo romántico, y del estado de cosas y la situación histórica en que les tocó actuar, esto es, primero durante la lucha entre unitarios y federales, y después en los años de gobierno de Rosas. A propósito de este último, reitera la interpretación unitarista.

Con acierto y rigor se analiza en el libro aludido el pensamiento filosófico involucrado en *Las palabras simbólicas*, el *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, el *Facundo*, *Educación Popular*, el *Dogma Socialista* y las *Bases*. Estas obras jalonan el desarrollo filosófico de la generación del 37. La autora las estudia con amplio conocimiento de los textos, adecuada interpretación de los mismos, cada uno con su peculiar contenido y significación filosófica y cultural en la historia argentina.

Son igualmente de interés dos trabajos de la Sra. de Ghioldi: *Un filósofo argentino en el siglo XIX: J. B. Alberdi* (1960) y *En la búsqueda del ser nacional* (1963). El primero fue publicado en la "Revista de la Universidad de Buenos Aires" (Nº 3, Año IV, V época) y versa sobre la importancia y la significación del pensamiento alberdiano en la historia de las ideas del país. Con claridad penetrante, sitúa la autora a Alberdi con respecto a sus demás com-

pañeros de generación: Echeverría, Sarmiento, López, Gutiérrez, y aún a los de la promoción anterior, que representaron el racionalismo y la ideología: Rivadavia, los Varela, Lafinur, Agüero, Alcorta. Muestra que es el pensador, el filósofo práctico de su época, y que con influencia decisiva se prolonga en los Constituyentes de 1853 y en los hombres del 80. Coincide con Alberini en la caracterización de la filosofía de Alberdi, dentro del historicismo romántico, y con Korn en la necesidad de renovar las "bases" alberdianas integrándolas con los aspectos sociales, para dar mayor vigencia a los valores de justicia social en la cultura argentina.

En *la búsqueda del ser nacional*, trabajo presentado en las "Segundas Jornadas de métodos de investigación y enseñanza de la Historia y de la Literatura Rioplatense y de los Estados Unidos" la Prof. V. D. de Ghioldi se ajusta a un método histórico-cultural. Parte de la aparición del nombre de Argentina en una obra de poesía de Martín del Barco Centenera (1602) y en otra, en prosa, de Ruiz Díaz de Guzmán (1612). Después rastrea el tema del ser nacional en los años inmediatamente anteriores a la Revolución de Mayo, en el pensamiento y la acción de Belgrano, Castelli, Vieytes, Lavardén. Persigue el tema en el periodismo de la década que va entre 1801 y 1810, en el *Telégrafo Mercantil*, el *Seminario*, en la significación de las invasiones inglesas en tanto que produjeron la *Defensa* y la *Reconquista*, y en el estallido de la Revolución de Mayo. Capta la expresión de la Argentina, como nueva nación, en el Himno Nacional, en la Gaceta de Buenos Aires, en las ideas y en la acción de Moreno, en la declaración de la Independencia en 1816.

Rastrea el tema del ser nacional en las posteriores generaciones que se han sucedido en la historia argentina. La de Rivadavia y los hombres que actúan junto a él bajo el signo del racionalismo de la ideología; la de los hombres del 37, que vuelven al Credo de Mayo, admiten las metas de la ilustración y tratan de realizarla con medios historicistas y románticos. Esta generación interpreta el ser nacional en la "Palabras Simbólicas" de la Joven Argentina, en

el *Fragmento preliminar al estudio del Derecho*, de Alberdi y en las *Bases* de Alberdi. Estas obras expresan el ser nacional argentino como autoconciencia de la historia del país y señalan un hito en la vida del pueblo argentino. Los constituyentes dan expresión jurídica y legislativa a este ser nacional que, en materia política, adopta la forma de la democracia liberal.

El realismo romántico y el eclecticismo espiritualista de la generación de 1866, encuentra su expresión en la obra de **Hernández Martín Fierro**, que contiene un momento ya superado del ser nacional. Con los hombres de la generación del 80, todos ellos alberdianos por la importancia que daban a los medios de la realización nacional, se acentúa el programa liberal de la generación de 1837. Ello se observa en la población del país mediante la inmigración europea, la incorporación de capitales ingleses, el trazado de líneas ferroviarias, el alambrado de los campos, las obras sanitarias de las ciudades, etc. Eran tiempos de acción para hombres de acción. La autora documenta este momento histórico de la Argentina en las obras de Cambaceres, Podestá, Lucio V. López, Martell y otros.

En la segunda promoción positivista, la de 1896, también alberdiana en materia política, la indagación del ser nacional la realizaron **Juan Agustín García** en *La ciudad indiana*; **Joaquín V. González** en *Tradición Nacional* y **Carlos Octavio Bunge** en *Nuestra América*.

La Sra. V. D. de Ghioldi concluye su trabajo con los estudios de Alejandro Korn, quien propone la renovación de las *Bases* de Alberdi en unas *Nuevas Bases*, donde se integren la tradición decrática liberal con las exigencias sociales de nuestro tiempo. Dicho de otro modo: mediante un socialismo liberal. Esta filosofía política, con la que coincide la autora, la ha investigado en varios trabajos sobre Alejandro Korn como filósofo de la libertad creadora.

Si se aprecia con visión de conjunto todos los trabajos de la Prof. D. V. de Ghioldi, se advierte el hilo de pensamiento que les da unidad y coherencia doctrinarias y los une como las perlas de un collar.

2. JORGE ZAMUDIO SILVA

JORGE ZAMUDIO SILVA: (1905 - 1963) Ha realizado importantes aportaciones a la historiografía de las ideas filosóficas argentinas. Hizo sus estudios superiores en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, desde 1924 hasta 1929, con los mismos maestros que tuvo la Prof. V. D. Ghioldi. Desde aquellos años se vinculó intelectualmente a Coriolano Alberini y a Luis Juan Guerrero. Obtuvo el doctorado con una tesis sobre *Juan Manuel Fernández de Agüero, primer profesor de filosofía de la Universidad de Buenos Aires*. En 1940 prologó con un largo estudio la edición de los Principios de Ideología de Fernández de Agüero, realizada por el Instituto de Filosofía de Buenos Aires. Esas páginas contienen en lo fundamental las ideas de su tesis doctoral. Con posterioridad dio a conocer otras obras y artículos de interés para nuestra búsqueda, entre los que figuran *Caracterización de la sociedad del Río de la Plata*; *Fuentes de la historia de las ideas en el Río de la Plata*; e *Historia de las ideas en el Río de la Plata*.

En la producción de Zamudio Silva tiene lugar destacado la tesis doctoral y el prólogo a la obra de Fernández de Agüero, ya mencionados. En ambos trabajos contó con el asesoramiento del Dr. Coriolano Alberini, quien en la ordenanza de creación del Instituto de Filosofía (1927) había formulado un plan para la interpretación sistemática del pensamiento filosófico argentino. Conforme con ese plan había que partir de “una investigación seria y previa de la historia, ausente en muchas y valiosas contribuciones”, para culminar “en la crítica especulativa, sin dejar de atender al momento histórico y a la particular modalidad de la evolución de nuestras ideas”. Es lo que hace Zamudio Silva en sus estudios sobre Manuel Fernández de Agüero.

Antes de entrar de lleno al estudio del pensamiento filosófico de Fernández de Agüero, Zamudio Silva despeja tres aspectos oscuros en la biografía del personaje: lugar y fecha de nacimiento, así como los datos de su ordenación sacerdotal. No menos confusas se presentaban las noticias sobre Juan Manuel Fernández de Agüero y otros Agüero: licenciado Juan Manuel, Julián Segundo, Juan Cayetano y Eusebio. Juan María Gutiérrez y Pablo Groussac y tras ellos muchos más, habían confundido y hasta identificado a

estas personas. Estos puntos oscuros aparecen perfectamente aclarados, a la luz de documentos nuevos, por Zamudio Silva.

La formación intelectual de Fernández de Agüero es estudiada con sagacidad por su biógrafo. Establece las líneas fundamentales de aquélla, desde sus años de estudiante (1794-1800) y más tarde de profesor en el Colegio de San Carlos (1802-1807) hasta su vuelta al magisterio en el Departamento Preparatorio de la Universidad de Buenos Aires (1822-1827). Hubo un interregno entre 1813 y 1822 que es desconocido por la falta de documentos. Parecen atinadas las reflexiones de Zamudio Silva, en el sentido de que son los años del cambio intelectual de Fernández de Agüero, que de su formación inicial escolástica se transforma en un representante de las ideas de Destutt de Tracy, Cabanis y otros ideólogos franceses.

Estudia, además, el autor la actividad legislativa del ex-profesor del Colegio de San Carlos durante los años 1823 y 1824 en la Junta de Representantes de la Provincia de Buenos Aires. El estudio de este aspecto de la vida del personaje es otra contribución de este trabajo, pues hasta él no existía ninguna referencia ni la menor noticia de esta actividad de Fernández Agüero. Representó a Morón, Conchas y San Fernando.

El estudio de los *Principios de Ideología elemental y abstractiva y oratoria*, es riguroso y tiene estructura de un ensayo bien logrado. Comienza con la descripción bibliográfica de la obra, la autenticidad de los escritos, algunos de ellos editados en vida de su autor (la parte que comprende la Lógica en 1824 y la Metafísica en 1826); y otros (la Retórica) que permanecieron inéditos; la división de la obra y la índole de la edición ofrecida por el Instituto de Filosofía de Buenos Aires. Recoge los juicios críticos que merecieron el pensamiento filosófico y la enseñanza de Fernández de Agüero, clasificándolos así: 1º) los que se refieren a la primera obra de Fernández de Agüero, de 1805, como profesor en el Colegio de San Carlos; 2º) los oficiales contenidos en documentos gubernativos y eclesiásticos; 3º) los periodísticos; y 4º) los bibliográficos.

Completa Zamudio Silva su estudio con el análisis histórico de la época rivadaviana, el desarrollo de la Ideología, la situación religiosa, la política y la educación. Culmina el ensayo con el examen de los *Principios de Ideología*. En la lógica, Fernández de Agüero se aparta poco de la lógica tradicional, pero se esfuerza, a juicio de Zamudio Silva “para dar un sentido crítico a su exposición, de modo que los elementos de la Ideología sean alcanzados con mayor eficacia por sus alumnos” (Cap. IX, pág. 100). Es decir, que hay cierto eclecticismo filosófico en esta parte de la obra. En Metafísica se muestra un expositor de las ideas de Destutt de Tracy y de Cabanis, salpicadas con otras de algunos naturalistas como Holbasch. En materia de Retórica prefiere las fuentes clásicas: Aristóteles, Cicerón, Quintiliano, Horacio y Boussuet. Y remite a sus alumnos a los tratados de Blair y de Capmany.

Un estudio comparativo entre las ideas filosóficas de Lafinur, Fernández de Agüero y Alcorta, termina el estudio introductorio de Zamudio Silva, de donde damos traslado al siguiente juicio: “La ideología, expuesta por él, carece de convicción íntima, referida a sus formas generales y últimas, como concepto filosófico. Hemos dicho que la línea de su curso es la de una ideología racionalista a la manera de Destutt, y usando a Cabanis para sus especulaciones fisiológicas. También hemos visto su negativa a llevar la crítica a sus últimos extremos, cuando el problema metafísico le plantea vigorosamente sus hipótesis que no puede resolver sino en forma contraria a la Ideología que él enseña” (p. 175).

En *Fuentes de la historia de las ideas en el Río de la Plata*, Zamudio Silva sostiene que para dar bases sólidas a la historia crítica del pensamiento filosófico argentino es imprescindible la investigación y determinación de sus fuentes coloniales, puesto que ellas originan y modelan la estructura mental de nuestra sociedad. Puntualiza, en primer lugar, la cronología de aquellas fuentes: por un lado la que inicia con la conquista española (1536) y continúa con su acción evangelizadora y civilizadora hasta la primera invasión inglesa (1806). Por otro lado, los movimientos de ideas des-

pués de esta fecha y de la de 1810, cuando la sociedad rioplatense, frente a la contingencia histórica de las invasiones inglesas, intenta la comprensión de sí misma, a través sobre todo de su sentido político y económico.

La investigación de las mencionadas fuentes de las ideas filosóficas, las ha circunscripto Zamudio Silva a la primera época. Para realizar esa tarea es preciso conocer el material humano que manejaba aquellas ideas y saber si fueron asimiladas con la misma naturalidad que en Europa. La Constitución Social es el primer asunto que debe inquietar al historiador del pensamiento filosófico en la Argentina y en América.

Cuestión de interés por dilucidar, y previa a la elaboración de la historiografía filosófica a que nos referimos, es el conocimiento del problema político. La filosofía y la organización política responden siempre a fundamentos filosóficos que aquéllas presuponen y de los cuales son una realización práctica. Con otras palabras: no se puede abstraer las ideas filosóficas del contexto histórico y estudiarlas separadas. Hay que investigarlas en forma interrelacionadas con las ideas políticas, la legislación y la sociedad histórica concreta. En el Río de la Plata —anota Zamudio Silva— hubo siempre choques entre las fuerzas naturales y vernáculas de la sociedad y las fuerzas que provenían de la monarquía española.

Para la comprensión crítica de la historia de las ideas filosóficas en el Río de la Plata, hay que estudiar también el papel desempeñado por la Iglesia y su influencia en la sociedad y el Estado en la época colonial. Dentro de este marco, el autor señala como muy importante la obra jesuítica en las Universidades de Córdoba, Charcas, y en los Colegios de Buenos Aires, Salta, Santiago del Estero y Mendoza.

Cuenta también para la comprensión a que se refiere Zamudio Silva, el conocimiento de la organización económica del Río de la Plata. El sistema mercantilista, más allá de sus efectos económicos y políticos, responde también a una forma mental. Aquí se

vuelve a encontrar el choque entre las fuerzas naturales de la sociedad y la rigidez del sistema económico.

Las preocupaciones económicas y políticas dan origen, en los primeros años del siglo XIX, a la aparición del periodismo rioplatense, de neta orientación económica y política. Esta prensa periódica es una importante fuente para la historia de las ideas en el Río de la Plata.

La enseñanza en los centros de cultura en las Universidades y los Colegios, la obra de sus maestros, sus escritos y su acción, son fuentes irremplazables para el conocimiento de la historia de las ideas en el período hispano. Conviene tener presente, además, los centros exteriores del Virreynato: la Universidad de San Felipe, la de San Marcos y las españolas. Unida a la enseñanza, como la fuente de cultura, hay que estudiar los autores que figuraban en el *Índice*. “La cuestión crítica de este problema —escribe Zamudio Silva— es la de fijar cuál fue la influencia real del conocimiento de la literatura prohibida, en qué grado contribuyó a modelar el intelecto criollo y los elementos permanentes que ella proveyó a nuestra mentalidad”. (p. 68). Al estudio crítico de las fuentes mencionadas, el autor añade la historia del trabajo.

El conocimiento exhaustivo de todas las fuentes anotadas, es previo a la determinación de los factores filosóficos que fundamentaron la mentalidad del Río de la Plata. De esta manera, además de no caer en una historiografía abstracta, la historiografía del pensamiento filosófico se matiza de una manera según se trate de Córdoba, Charcas, Santiago de Chile o de Buenos Aires, Salta, Mendoza o Santiago del Estero. El contexto histórico concreto, por sus necesidades y exigencias, engendra las diferencias. Si la historiografía filosófica estudia una realidad, importan en ella los matices y los acentos. De allí que sea tan difícil elaborarla.

El Dr. Zamudio Silva ha escrito, con los criterios ya asentados, una *Historia de las ideas en el Río de la Plata* e investigó, además, la historia de las ideas en el Paraguay durante los siglos XVI y XVII (1945-46). Su labor se caracteriza por la indagación del pensamiento

ético-social en los mencionados campos de trabajo, enfoque que coincidía con el de Luis Juan Guerrero, que por aquellos años, según queda dicho, estudiaba la generación del 37 con ese mismo criterio.

3. MARIA ANGELA FERNANDEZ

MARÍA ANGELA FERNÁNDEZ (1918): es la segunda mujer que, tras Delfina Varela de Ghioldi, tiene un lugar importante en esta revisión de los antecedentes de la historiografía filosófica argentina. Ha publicado varios trabajos con visión y contenidos originales. Entre ellos figuran *Filosofía práctica argentina* (1951), *El concepto de progreso en Echeverría* (1951), *Un lapso en la historia del pensamiento y la cultura argentinos* (1955), *El tema del hombre en Sarmiento* (1961).

En la primera de las obras aludidas, asienta el criterio y la actitud investigativa que caracteriza todos sus trabajos: sostiene que lo que importa en esta clase de estudios es señalar, más que las influencias de la filosofía y la cultura europeas, la conciencia filosófica argentina y sus respuestas a las distintas situaciones históricas por las que ha pasado el país. Con este enfoque predominante, hasta tornarse casi exclusivo, atiende también a las influencias exógenas o foráneas con olvido a veces de los aspectos de selección, adaptación y síntesis creadora que han realizado los pensadores argentinos.

Desde su perspectiva indaga la Prof. Fernández la *Filosofía práctica argentina*, a través de la documentación periodística de los dos primeros decenios del siglo XX. Su interés se circunscribe a la filosofía política, que es la rama de la Filosofía que se introduce en la *praxis* y la acción histórica. Con error se suele considerar la filosofía política un poco desdeñosamente. No hay que olvidar, sin embargo, que como decía Amiel "L'action n'est que la pensée épaissie, devenue concrete, obscure, inconsciente".

Puesta a su tarea, la autora caracteriza, en primer lugar, el periodismo de comienzos del siglo XIX. Se trata por lo común de publicaciones bisemanales, distintas del diarismo de nuestra época. Tenían una índole doctrinaria y no simplemente informativa, y da-

ban a veces lugar en sus páginas a extensas reflexiones de filosofía política. Por el contenido aquel periodismo podría situarse entre el libro breve y la revista actuales. Las personas que los dirigían tenían plena conciencia del papel y la función que desempeñaban esos periódicos en el Río de la Plata: difusión de conocimientos e ilustración de la opinión y de los pueblos en sus derechos y verdaderos intereses.

Dos objeciones solventa la autora. La primera: el carácter no filosófico de este material, originado y expresión del sentido común. La segunda: el carácter fragmentario de los asuntos que difunden. Frente a esos rasgos están los de la filosofía política, que es reflexiva y sistemática. La profesora Fernández rechaza ambas dificultades. Por una parte, porque si bien la filosofía es reflexiva, en ella tiene lugar el sentido común. Por lo demás en los materiales estudiados, aparecen no pocas reflexiones acerca de los distintos temas de filosofía política. En cuanto al carácter fragmentario de los materiales, hay que observar que esas fuentes permiten reconstruir, por vía reflexiva, la filosofía práctica de los hombres de Mayo. Y la característica de tal filosofía es la de partir de la acción y de la vida.

Desde la perspectiva que ofrece *Filosofía práctica argentina*, el acercamiento del pensamiento argentino a la vida hace que deje de ser un recuerdo o mera prolongación europea. Ayuda a disipar, como lo dice la Prof. Fernández, "las pesadas brumas de las influencias que los estudiosos han amontonado, hasta hoy, en torno a la realidad americana, brumas tan espesas que están ocultando esta realidad, al punto de llegarlas a considerar como un epifenómeno de la civilización europea". Esta es la tesis central de este libro, la cual aparece como un *leit-motiv* en sus obras posteriores.

La idea básica mencionada se opone a la convicción generalizada de que la cultura y el pensamiento argentino y americano, es la prolongación de Europa en América. La autora sostiene que América es una realidad geográfica, histórica, cultural y de ideas distintas de la europea. Las respuestas del pensamiento y la filo-

sofía nacen de exigencias y necesidades vitales de América y sus hombres no son sonámbulos históricos.

A la luz de este criterio fundamental, estudia la autora los temas de constitución, gobierno, pacto social, poder, soberanía, estado, sociedad ley y derecho y las líneas de la filosofía práctica, implícitas o desarrolladas, en los periódicos que escribieron y leyeron los hombres de Mayo. La conclusión general que extrae de su investigación consiste en afirmar la superioridad de la acción sobre la teoría, de lo irracional —ya defendiendo la intuición, ya la experiencia— sobre la razón y del devenir sobre el ser.

En su libro, la autora muestra gran erudición en materia de filosofía política. Para poner de relieve los matices propios o la originalidad de los hombres de Mayo en los temas supradichos, rastrea las doctrinas del pensamiento antiguo y moderno, desde los griegos hasta el siglo XVIII, los sitúa con respecto a ellos y muestra sus rasgos originales.

En la monografía *El concepto de "progreso" en Esteban Echeverría*, M. A. Fernández reivindica para el autor del *Dogma Socialista* cierta originalidad conceptual que le han negado intermitentemente algunos críticos, desde que Groussac lo hizo desdeñosamente en *Crítica Literaria*. Otro tanto ha acontecido con Alberdi y las *Bases*, que fueron objeto de una gala e injusta incompreensión en sus *Estudios históricos*. La autora busca los antecedentes históricos del tema, para de este modo, sea por vía de contraste o de semejanza, situar las ideas de Echeverría. Sobrecabunda en tales antecedentes. No sólo investiga el concepto de "progreso" en el siglo XVIII y comienzos del XIX. Va en profundidad de tiempo hasta los griegos (Estóbeo, Aristóteles, Epicuro y otros), los romanos (Lucrecio), los modernos (Bruno, Bacon, Pascal, Spinoza), los ilustrados (Perrault, Voltaire, Montesquieu, Turgot, Condorcet, Hume, Robertson), los filósofos de las luces alemanas (Lessing, Winckelmann, Schiller, Kant). Herder y su doctrina de la evolución le sirve de puente o guión para estudiar las definiciones de "progreso" en el

siglo XIX, marco filosófico apropiado para la comprensión del tema de Echeverría.

Las definiciones de "progreso" del siglo XIX son estudiadas en autores franceses que han influido en Echeverría. En sus lineamientos generales pasan así las doctrinas de Saint-Simon, Leroux, Tocqueville. A ellas se suma la interpretación de Mazzini, en su faz religiosa y ética. Dentro de este ámbito filosófico, la Prof. Fernández examina la noción de "progreso" en Echeverría. Para ello analiza en sus escritos ese concepto, en conexión con otros, tales como los de naturaleza, vida auténtica, humanidad y nación, progreso y emancipación.

Las conclusiones de este estudio indican que en Echeverría no ha influido Saint-Simon, según afirmaron De Angelis, primero, Groussac después, y tras ellos muchos corifeos. La doctrina del "progreso" del filósofo francés tendía a constituir en Francia y en Europa un poder espiritual, representado por industriales, científicos, ingenieros y artistas, que reemplazara el vacío de poder producido por la caída del antiguo régimen monárquico. Echeverría, en cambio, buscaba la organización social y política del país. Más cerca del escritor argentino se halla Leroux cuyo lenguaje emplea en las "Palabras Simbólicas". Esas influencias son periféricas, porque en Leroux la creencia en el progreso indefinido es consecuencia de una filosofía religiosa, que está ausente en el fundador de "La Joven Argentina". Otro tanto se puede decir de Mazzini, aunque el idealismo y el espiritualismo tenga en él sesgos propios. Si bien el pensador italiano se movió en la esfera política, y no sólo como hombre de pensamiento, sino de acción, su teoría del "progreso" presenta los siguientes caracteres: 1) el de ser implícito a la naturaleza, a la vida, a la incesante actividad. "Es concebido como una ley que la naturaleza cumple en su actividad constante"; 2) "el progreso acompaña al pueblo independiente, capaz de desenvolver una vida propia". Echeverría entiende que progresar es civilizarse, transformación y cambio del medio físico y también de la sociedad, evitando la rutina de las costumbres, el derecho positivo y la vida política.

Desde este punto de vista, la Revolución de Mayo se ha realizado bajo el signo del progreso y significa un cambio y ruptura con respecto a las antiguas formas políticas. Pero ello no basta. Es preciso el movimiento social y político, en las costumbres y usos, que los hombres de la generación del 37 se proponen retomar e intensificar. La idea de progreso está vinculada a la idea de emancipación política y cultural y a la de democracia. El progreso de las distintas actividades humanas debe concurrir a la realización de la democracia política y social en el país. Este movimiento no tiene término, pues la marcha en la democracia es infinita.

En Echeverría la autora no encuentra simplemente un epígono de las ideas filosóficas francesas. Los problemas que afrontan en Europa Saint-Simon, Leroux, Montesquieu, Mazzini, son diferentes de los que preocupan al pensador argentino, si los problemas no son los mismos, las respuestas tampoco lo son. En el Río de la Plata se trata de superar la lucha histórica de unitarios y federales. Hay un sentido realista en su filosofía política: se trata de nuestras leyes, nuestras costumbres, nuestro estado social. Progresar en la Argentina no es remedar el progreso europeo. Ello no significa rechazar este último. Lo importante es no someterse ciegamente a él. América debe alcanzar los niveles europeos de progreso, sin dejar de ser sí misma, con sus propias necesidades, intereses y respuestas. Hay que desplegar una doble actitud: progresar es, por un lado, asemejarse a los europeos; por el otro, separarse de lo europeo y superarlo. Pone de manifiesto así M. A. Fernández los rasgos originales del concepto de "progreso" en Echeverría, olvidados por quienes han tomado sólo en cuenta las influencias filosóficas en su pensamiento.

Entre los libros de la Prof. María Angela Fernández cabe destacar el que lleva por nombre LIMEN DE LA HISTORIA DEL PENSAMIENTO Y LA CULTURA ARGENTINOS (1955), donde plantea las cuestiones básicas de tal historiografía, la principal consiste en saber qué se ha de entender por historia del pensamiento y de la cultura en general. En conexión con ella surgen una serie de proble-

mas que es preciso dilucidar para la mejor comprensión del sentido y alcance de la historia del pensamiento y la cultura argentinos.

Para la autora es preciso plantear estas dificultades de fundamentos, porque si bien de acuerdo con Hegel, "para aprender a nadar hay que arrojarse al agua", no hay que olvidar que no somos animales acuáticos y que es preciso tomar ciertos recaudos teóricos y metodológicos para emprender la tarea de elaborar una historiografía especial como la mencionada. Por cierto, advierte la Dra. Fernández, no hay que detenerse en estas cuestiones preliminares.

¿Qué es pensamiento? Las respuestas a esta cuestión pueden venir de tres campos: la psicología, la lógica y la gnoseología. La primera atiende al "pensar", a la función; la lógica se ocupa de los "pensamientos", sus clases, estructura, etc.; la gnoseología, del conocimiento. Estas precisiones surgen de la interpretación fenomenológica. Asienta, además, la respuesta de John H. Randall, para quien la historia del pensamiento es la historia del hombre como ser religioso, político, científico, social y filosófico.

Sin embargo, el tema del pensamiento desborda los tres campos mencionados, los trasciende. Ortega y Gasset ha mostrado precisamente que el pensamiento es algo más que el pensar, el pensamiento lógico y el conocimiento. El pensamiento es aquello que hacemos "... sea *ello lo que sea* para salir de la duda en la que hemos caído y llegar de nuevo a estar en lo cierto".

Desde el punto de vista de la antropología filosófica, que es donde se sitúa la autora, el pensamiento es la expresión esencial en la vida espiritual del hombre. El pensamiento da a éste la cualidad o el atributo de lo humano. Concluye de este modo que una historia del pensamiento argentino "comprenderá todo cuanto presenta el hombre americano (argentino) como un ser trascendente al mero mundo biológico".

Como se advierte, el horizonte de la disciplina resulta por demás extenso, pues la esencia del pensamiento se extiende a todas las actividades humanas: filosóficas, ciencia, religión, arte, lenguaje, etc. La tarea que supone ese ámbito es mucho más dilatada que

la que le dan otros autores (Gaos y Soler), que entienden que el pensamiento es un modo especial del movimiento de las ideas, sin el orden sistemático de la ciencia o de la filosofía, y que prospera en determinadas épocas históricas, como ocurre en la Argentina con el pensamiento de Echeverría, Alberdi, Sarmiento, Mitre y otros. En este caso la tarea del historiador del pensamiento se extiende a las ideas en libertad, pero no abarca la sociología, la psicología, la filosofía, etc., porque presentan sistemas teóricos y métodos rigurosos.

Bien vista la dificultad planteada, ella surge porque el pensamiento en cuanto tal tiene su emergencia más allá o si se prefiere más acá de las expresiones filosóficas, científicas, teológicas, técnicas, etc. No se puede limitar dentro de las categorías y expresiones lógicas de tales disciplinas. Si precisáramos así el problema la historia del pensamiento consistiría en los buceos realizados en la zona ontológica y pre-intencional y por tanto pre-lógica.

La historia del pensamiento argentino pretende desempeñar aquel subido papel especulativo. En el fondo, aunque la denominación sea anfibológica y de múltiples significaciones, lo que se pretende es estudiar el pensamiento filosófico, sea en su forma sistemática, sea en el sentido de las concepciones del mundo y el mundo vivido por los argentinos. Las conclusiones a que llega la Dra. Fernández son atinados, supuesta la plurivalencia de significaciones que encierra la designación, la disciplina en cuestión.

La otra cuestión básica es tan compleja como la anterior. ¿Qué es la cultura? La Prof. Fernández examina las respuestas dadas a esta pregunta por Eliot, Dempt, Scheler, Recasen-Siches, Zum Felde, antes de dar la suya propia: "por nuestra parte consideramos que la cultura es un conjunto de respuestas dadas por los hombres a sus problemas, y en estas respuestas, si pueden señalarse influencias, ellas no podrán cubrir nunca la respuesta, que es además de influencia —si la hubiera— conciencia".

Los métodos y enfoques con que se ha estudiado la cultura, forma parte del *Limen de la historia del pensamiento y la cultura*

argentinos. Desfilan el enfoque axiológico (Rieckert), el de las formas y los símbolos (Cassirer), el de los estilos artísticos (Wöllfflin) y el de los estilos biológicos (Rethacker).

Aclarada la naturaleza de la cultura, no en busca de una definición, sino de la descripción de sus elementos, la autora estudia las relaciones entre la historia general, particularmente la historia política, y la historia de la cultura. Expone los criterios de algunos historiadores y filósofos de la historia y de la cultura: Bernheim, Rickert, Freytag, Riehl, Burckhardt, Cassirer, Freyer y otros.

Las tareas de la historia de la cultura son fijadas a través de algunos estudios de Huizinga, para quien "la historia de la cultura tiene por tarea específica estudiar las formas en los dominios de la vida espiritual y en la vida en común —incluyendo aquellas historias culturales sobre libros, jardines, vestimenta, etc., formas que seguirán a través del tiempo y de los distintos lugares".

Puesto en claro el contenido de la historia del pensamiento, la cultura y su historia, la Prof. Fernández profundiza el alcance de tales historias, circunscriptas en la denominación de la historia del pensamiento y la cultura argentinos. ¿Se limitará esta última al conocimiento de las influencias auropeas en las ideas y la acción de los argentinos? Algo queda dicho de la respuesta de la autora a propósito de sus libros anteriores. Por cierto, no han faltado quienes han indicado la necesidad de averiguar de qué espíritu viene el pueblo argentino, las raíces de su actitud frente al mundo y la vida, pero escasean los que realmente se han acercado a las raíces de la historia del pensamiento nacional. Prefieren el camino de las influencias. Otro tanto ocurre con el pensamiento latinoamericano. Leopoldo Zea llama la atención y recomienda el estudio de la vertiente vernácula, pero es el caso que él mismo soslaya la dificultad, y en sus libros "*Positivismo en México*, 1943; y en *Dos etapas del pensamiento hispanoamericano. Del Romanticismo al positivismo*, 1949) prefiere el estudio de las influencias.

La Dra. Fernández pone énfasis en el aspecto de la conciencia americana, en este caso, de la argentina, y para decirlo con más

estrictez en la conciencia reflexiva y filosófica y no en la conciencia dialéctica y de lucha social, según acontece en Leopoldo Zea. Aunando psicología y gnoseología, la escritora afirma que "conciencia es alcanzar la plena claridad racional, tener conciencia de algo es ver ese algo tal como es, a la viva luz de la verdad". Esta conciencia se vuelve conciencia ética cuando el hombre actúa como persona, con pleno conocimiento de sí mismo y de lo que lo rodea. En el ámbito metafísico, la conciencia hace que el ente sea ser. Es una categoría ontológica del ser. Desde el punto de vista antropológico, la conciencia es la primera categoría del ser del hombre. De allí que, a juicio de M. A. Fernández, la historia del pensamiento y la cultura argentinos, y americanos por extensión, deba consistir, más que en la búsqueda de influencias, que es una categoría de la naturaleza, en la búsqueda de la conciencia filosófica en sentido amplio, esto es, y con sus palabra, "el conjunto de respuestas (filosóficas) dadas por los hombres a sus problemas, en las que se afirma a la vez su condición humana". Esta conclusión se funda en la premisa de que el pensamiento filosófico y la cultura son primordialmente creaciones y no usos del vuelo del espíritu humano.

No se puede pasar de largo delante de otro libro de la Dra. María Angela Fernández. Aludimos a *Un lapso en la historia del pensamiento y la cultura argentinos* (1958). Desarrolla la misma tesis central de sus trabajos anteriores: la realidad argentina y americana en cuanto tal, se halla en cubierta por interpretaciones europeas que la ocultan o la distorsionan. A Europa es fácil reconocerla porque ofrece perspectivas y realidades culturales elaboradas en milenios de historia. En América casi todo está inédito o poco menos. La venda de las ideas impide ver la realidad originaria.

Para descubrir las raíces ocultas adopta la autora una actitud que llama realista, entendida como respeto y defensa de la realidad. Con ese enfoque estudia el lapso que transcurre entre 1820 y 1880 en la historia del pensamiento argentino. Antes de entrar en la exposición del tema, despeja el problema que plantea la perio-

dización histórica con una erudición vasta y actualizada de la cuestión, en la que predomina la bibliografía alemana. De su estudio, extrae la conclusión de que no hay que renunciar a la periodización de la historia, pero hay que emplearla con cierta prudencia.

El pensamiento y la cultura nacen en la Argentina y en América en general, como un acto de conquista y colonización. "Es la cultura europea la que trata de imponerse en América, haciendo en muchos casos a América una prolongación de Europa". La Independencia política es ya una manifestación argentina y americana. Sus protagonistas actúan con sentido realista, en el sentido ya indicado, y no con sujeción a estos o aquellos esquemas de filosofía política. Confirma de este modo los resultados a que había llegado en su obra *Filosofía Práctica* y la actitud realista con que daba respuestas a los problemas concretos de la realidad histórica, sin dejarse ir por las nubes de la filosofía política de los europeos.

Esta misma actitud realista la descubre M. A. Fernández en el lapso histórico que va entre 1820 y 1880. Se trata a su juicio de una constante histórica. Nada importa que los hombres que hayan actuado en esos decenios hayan recorrido diferentes caminos para dar respuesta a los problemas de la época, ni los diferentes medios que hayan empleado para tratar de influir en la realidad. Lo importante es observar y conocer cómo la realidad argentina y americana va imponiéndose, transformando a sus hombres y cambiando y modificándose ella misma.

Para aclarar el sentido y el alcance del realismo argentino, la Prof. Fernández recorre las distintas formas del realismo en filosofía, desde las que aparecen en la antigüedad clásica hasta las más actuales de Hartmann, Messer, Gilson, Maritain, Huizinga y otros. De nuevo insiste en la aceptación de realismo en el sentido de respeto y defensa de la realidad argentina y americana. No comparte el punto de vista de Leopoldo Zea, en su libro *América en la historia*, quien sostiene que el hombre americano, después de conseguir la independencia política, se ha limitado a copiar las formas

culturales europeas. Por debajo de esa actitud receptiva y de imitación, descubre los modos originales y creadores.

Asentados estos esclarecimientos, la autora indaga el realismo argentino, tramo histórico ya señalado, a través del pensamiento político, económico y social. En el ámbito político dirige su búsqueda en los sucesivos intentos de organización del país y sus manifestaciones en asambleas, congresos, pactos provinciales, luchas de partidos, constituciones provinciales y nacionales. En el terreno económico, rastrea la actitud realista en las respuestas dadas a las necesidades económicas de las provincias, la situación de las industrias manufactureras locales, las crisis y los ensayos de sacudir el dominio económico foráneo. En el terreno social, investiga aquella misma actitud en el hombre de la campaña y su predominio hasta 1852, del hombre de la ciudad, y de su labor organizadora, especialmente a partir de 1852. Presenta, por lo demás, algunas interpretaciones de la realidad social de autores argentinos, entre ellas las explicaciones racistas (Sarmiento, Bunge), las histórico socio-lógicas (García), las organicistas (Orgaz), las morfológicas culturales (Canal Feijóo) y las psicoanalíticas (Martínez Estrada).

Por cierto, en este libro de M. A. Fernández, se observa, a pesar de su enfoque realista, una excesiva mediatización a través de la mentalidad de otros. Esta erudita mediación perjudica por momentos la visión directa y la reflexión concreta de la realidad estudiada.

Componen también *Un lapso en la historia del pensamiento argentino* dos estudios que desarrollan el tema de la idea de hombre en Vicente Fidel López y Juan Bautista Alberdi. Si bien estos autores no escribieron ni pretendieron escribir sobre antropología filosófica, en sus escritos se encuentran reflexiones que permiten reconstruir su concepción del hombre. En esta cuestión la Dra. Fernández vuelve a encontrar el fondo realista común en los pensadores argentinos.

En las páginas referidas, la autora sostiene que la imitación y la influencia no pueden explicar y dar cuenta de la acción y el

pensamiento de los argentinos, a menos de no considerar como atributo humano la libertad. El fondo realista del hombre argentino consiste en el acercamiento a esa realidad que es el país. O en buen romance: La Argentina ha hecho en cada ocasión lo que mejor convenía en las circunstancias.

En el trabajo de López *Memoria sobre los resultados generales con que los pueblos antiguos han contribuido a la civilización de la humanidad* (1845), reconoce la Prof. M. A. Fernández un tratado de filosofía de la historia. Se busca en él "el sentido de la historia en el análisis de la vida de los pueblos", y el sentido de la historia es la libertad y el progreso, pero para manifestar el sentido de la historia, ha tenido López que abordar temas de antropología filosófica "En su concepción del hombre aparecen los siguientes elementos: 1) la libertad; 2) el progreso; 3) la providencia; 4) la moral. Ha llegado a la problemática del hombre por el camino de la historia. Esta interpretación antropológica no tiene encaje en ninguno de los tipos de antropologías presentados por Max Scheler. No puede incluirse, a juicio de la autora, por el trasfondo realista del historiador argentino. Pensamos que hay un error en esta apreciación. Se olvida el trasfondo del historicismo romántico que anima toda obra de López.

Búsqueda semejante a la anterior es la que realiza la autora en el *Fragmento preliminar al estudio del derecho* (1837) de Alberdi. En la idea de hombre encuentra las siguientes notas: 1) las tendencias instintivas; 2) la voluntad; 3) la libertad; 4) la razón. Transcribimos: "La actitud más altamente humana, corresponde a los últimos principios; el tercero, la libertad; y el cuarto, la razón". "En el estado racional, la razón es la que entrevé el fin, y las facultades humanas son encaminadas a ese fin por medio de la libertad". Mediante la razón y la libertad el hombre realiza el bien personal y se inserta en el bien absoluto.

Por cierto, la Dra. Fernández tiene plena conciencia que ni López ni Alberdi elaboraron doctrinas antropológicas en el sentido técnico que tienen en la filosofía. Se trata de pepitas de oro,

de huellas que permiten reconstruir el todo doctrinario en sus lineamientos fundamentales. Y eso es mucho en hombres que estaban entregados a la dura brega de la organización política del país.

Los mismos criterios con que estudia a V. F. López y Alberdi, aparecen en otro trabajo de la Dra. Fernández: *El tema del hombre en Sarmiento*.

Tuvo esta meritoria investigadora, que ingresó a la Facultad de Filosofía y Letras en 1936, a Coriolano Alberini y Luis Juan Guerrero como maestros y es indudable la influencia intelectual de los mismos, especialmente la del último de los nombrados.

4. RICAURTE SOLER

RICAURTE SOLER (1923), panameño de origen, con formación universitaria francesa, ha trabajado en la Sorbona en el Instituto de Estudios Hispánicos. Sus intereses intelectuales le han conducido a la investigación de las ideas en la América hispánica. Ha publicado algunas obras que documentan su dedicación al estudio del pensamiento filosófico y la cultura latinoamericana. Hay que citar entre ellas: *Pensamiento panameño y concepción de las nacionalidades durante el siglo XIX* (1954); *El positivismo argentino: pensamiento filosófico y sociológico* (1959); *Estudios sobre la Historia de las ideas en América* (1960); *La reforma universitaria: perfil americano y definición nacional* (1963); *Formas ideológicas de la nación panameña* (1963). Entre sus artículos figuran: *Presencia del pensamiento de la América latina en la conciencia europea* (1959); *El pensamiento sociológico de Mariano Otero* (1960); *Benjamín Constant: ideología y compromiso social* (1961); *Justo Arosemena y el positivismo autóctono hispanoamericano* (1962).

De todos esos trabajos, interesa a nuestra indagación su libro sobre el *Positivismo Argentino*, se trata de una obra dividida en dos porciones, una consagrada al positivismo filosófico y la otra al positivismo sociológico. Ambos estudios se caracterizan por su índole monográfica, el conocimiento preciso de los contenidos expuestos, la erudición indispensable, la adecuada orientación metodológica y la claridad, el orden y el equilibrio del libro en conjunto. Sin lugar a dudas, como investigación abarcadora del tema, es la mejor contribución con que se cuenta en la actualidad sobre el positivismo filosófico y sociológico argentinos.

La obra ofrece una introducción, en la que el autor analiza el concepto de "pensamiento", en su significación general y en su uso de pensamiento de las ideas, por una parte, y del pensamiento filosófico por otra. Con el primero alude a "un complejo de fenómenos ideológicos", o de objetivaciones del espíritu; con el segundo, a la filosofía.

Carácter particular del pensamiento filosófico - sociológico argentino, en comparación con el desarrollo de la filosofía de la ilustración o del historicismo romántico posterior, es la vinculación estrecha de la ciencia y de la filosofía, situación que no se observa en el pensamiento hispanoamericano en general, que presenta problemas de circunstancias, inmediatas, sin los métodos y el enfoque de la filosofía. En algunos autores argentinos de la ilustración o de la ideología, como en Manuel Fernández de Agüero y en Diego Alcorta, el pensamiento es filosófico, y lo mismo ocurre en el período cientista, como variante del positivismo clásico, en escritores como Carlos Octavio Bunge y José Ingenieros.

En cuanto al alcance del término positivista, Soler lo toma en su sentido más amplio, que abarca a todas las corrientes que afirman únicamente que el conocimiento de los hechos es fecundo, que la certeza del saber es provista por las ciencias experimentales y que el espíritu humano sólo evita el verbalismo si se apoya en la experiencia y rechaza todo lo *a priori*. En este horizonte el vocablo positivismo engloba tanto el positivismo clásico europeo (Spencer y Comte) como el cientificismo (Haeckel, Le Dantec, Sergi, etc.).

Lo esencial en la obra de Recaurte Soler es la reconstrucción histórica de las teorías positivistas, filosóficas y sociológicas. Por momentos se trata de una investigación elaborada con los criterios de la sociología del conocimiento. No se extiende al positivismo pedagógico, historiográfico, jurídico, médico, etc., esto es el positivismo integral como concepción del mundo.

Su método consiste en estudiar el positivismo filosófico y sociológico en interdependencia con las doctrinas políticas y sociales

que predominaban en la época. Evita de este modo caer en una historiografía abstracta.

En el contenido del libro aparecen, en primer lugar, los antecedentes del pensamiento filosófico positivista y científicista de los dos últimos decenios del siglo XIX y comienzos del XX en la historia del pasado intelectual argentino. Sitúa esos antecedentes en la filosofía de las luces y en la ideología que penetra y se desarrolla en el país desde las postrimerías del siglo XVIII hasta la actuación de la generación del 37. Otro antecedente se encuentra, según el autor, en el "positivismo social" de la generación romántica de Echeverría, Sarmiento y Alberdi. Adhiere erróneamente a la interpretación de Groussac, Ingenieros y Korn. Según hemos dicho, al hablar de estos estudiosos de las ideas filosóficas argentinas, esa tesis es la de casi todos los epígonos del positivismo, pero no resiste la crítica documental, como lo han demostrado Alberini, Guerrero, Cháneton, Lida y otros. Se confunde el historicismo social de sesgo realista o mejor dicho social, con un supuesto positivismo no doctrinario y anterior al positivismo europeo. Soler ubica en esa corriente a Amadeo Jacques, que no ha escrito una sola página de filosofía positivista y sí muchas de eclecticismo espiritualista, a pesar de lo que dice gratuitamente Miguel Cané en *Juvenilia*.

Entra el autor en el tema de su libro con la exposición de las teorías y doctrinas filosóficas del positivismo argentino. Examina, primero, la concepción naturalista de Ameghino, la importancia de la "paleontología filosófica" de sus libros *Filogenia* y *Mi Credo*. El estudio es exacto y preciso. Se ocupa después de las ideas filosóficas de Carlos Octavio Bunge, a quien sitúa con acierto dentro de la filosofía cientista, de rasgos antimecanicistas, biólogo y psicólogo. Entre las teorías psicológicas de Bunge, a las que Soler atribuye importancia, cabe mencionar la del subconsciente dinámico, análoga a la de Freud. También se ocupa de la metafísica de Bunge.

La posición filosófica de Rodolfo Senet, es objeto del interés de Soler. Por su índole antimecanicista y sus fundamentos biológi-

cos tiene rasgos afines con el pensamiento de Bunge. Las doctrinas biológicas y psicologistas de Senet escapan tanto al doctrinismo mecanicista como al finalista, pues la evolución de los seres vivos y las reacciones del psiquismo biológico son imprevisibles. Dentro de este marco entran también los fenómenos sociales y morales. Senet representa el último gran esfuerzo de retorno a Darwin.

Pasa Soler a estudiar la filosofía de Ingenieros. Asienta sus caracteres: monismo naturalista, concepción científicista de la metafísica y espíritu de síntesis. La metafísica de Ingenieros se elabora en las hipótesis más generales de las ciencias y está subordinada a las ciencias particulares. Es una metafísica de la inexperiencia. Entre lo experiencial —dominio de las ciencias— y lo in experiencial —terreno de la metafísica—, existe una relación dinámica, pues lo in experiencial con el adelanto de las ciencias se convierte en experiencial, aunque no es forma total, lo cual asegura la vigencia de la metafísica interpretada desde el punto de vista de la filosofía científica. Por cierto, las ciencias más vinculadas a la filosofía son la biología y la psicología.

Ingenieros formula imputaciones políticas y sociológicas a determinadas corrientes filosóficas y a sus representantes. Así el espiritualismo ecléctico de Cousin, Lermínier, Quinet y otros, después de la caída del segundo imperio en Francia. También hace lo propio con las direcciones filosóficas que reaccionan contra el positivismo (Ravaisson, Lachelier, Boutroux, Bergson, Croce, Gentile y algunos más). En esas páginas críticas, Ingenieros bosqueja una sociología del conocimiento.

En la segunda parte de su obra, Soler estudia el positivismo sociológico en la historia. Los representantes de esa dirección, cuyas ideas son examinadas por el autor, son Francisco Ramos Mejía y José María Ramos Mejía. La influencia de la sociología de Spencer es investigada en los escritos de José Nicolás Matienzo. La tendencia biológica de la sociología argentina tiene como portaestandartes a Bunge e Ingenieros. Y los primeros intentos de supera-

ción de la sociología positivista los encuentra Soler en autores como Lucas Ayarragaray, Rodolfo Rivarola y Antonio Dellepiane.

El positivismo ético es otro aspecto de la búsqueda del investigador panameño. La ética social de Agustín Alvarez tiene bases naturalistas y se orienta dentro del marco del liberalismo científico. En escritores positivistas como Alfredo J. Ferreyra, existe una explicación científicista del determinismo moral. Se trata de un determinismo ético-sociológico. En Bunge e Ingenieros hay una ética con bases biológicas, que oscila entre una tendencia aristocratizante y una ética basada en la experiencia social y moral, de tendencia socialista.

El autor vuelve a insistir en la idea del positivismo autóctono de Alberdi y Sarmiento, tal como lo había hecho en la primera parte de su libro. En todo caso, no cabe confundir el historicismo romántico de sesgo realista con el positivismo filosófico. Cabe señalar, por lo demás, que esta obra desoculta los aspectos originales del pensamiento filosófico de los positivistas argentinos, muchos de los cuales rechazan el evolucionismo mecanicista de Spencer y el pluralismo mecanicista e intelectualista de Comte, sobre todo los que sostienen una interpretación biologista de la Sociología, el Derecho y la Moral.

En su obra, Soler muestra mucha simpatía intelectual hacia el positivismo filosófico, cuya fecundidad considera abierta al por venir, sobre todo en los aspectos sociológicos y éticos. En cambio, no ve con imparcialidad las obras corrientes coetáneas de la filosofía científica: idealista, bergsoniana, neotomista, contingentista, vitalista y otras.

5. ALBERTO CATURELLI

ALBERTO CATURELLI (1927), catedrático de filosofía en la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Córdoba, es autor de varias obras filosóficas, entre las que mencionamos las siguientes: *Donoso Cortez* (1958); *El filosofar como decisión y compromiso* (1958); *El hombre y la historia* (1959); *Metafísica de la integralidad* (1959); *Tántalo* (1960); *La filosofía* (1961-62); *Lecciones de Metafísica* (1964). Entre sus obras relacionadas con la historiografía del pensamiento filosófico argentino están

estas obras: *El pensamiento español en la obra de Félix Frías* (1949); *El pensamiento de Mamerto Esquiú* (1954); *América bifronte* (1961); *La filosofía en la Argentina actual* (1962); segunda edición ampliada de esta última obra en 1971. El elenco bibliográfico de Caturelli puede ser consultado en el *Anuario de historia del pensamiento argentino*, (vol. VI, p. 201-48. Por lo que atañe a nuestra búsqueda de antecedentes de la historiografía filosófica argentina, es importante en la producción de este autor su libro sobre *La filosofía en la Argentina actual*.

En su primera edición, la obra se presenta como un breve ensayo interpretativo de la filosofía argentina en el siglo XX. Parte de una caracterización de la filosofía occidental, dividida en dos épocas: la greco-romana-medieval, en la que prevalece la preocupación del ser, y la moderna, con el predominio del tema de la razón. La absolutización de esta tendencia es, a juicio de Caturelli, la filosofía de Kant, Hegel y la filosofía posterior del positivismo y el cientificismo. Desde esta perspectiva aborda el estudio de las corrientes filosóficas de la Argentina, en el pasaje del siglo XIX y los comienzos del XX. Estos movimientos fineseculares son filosóficamente endebles y decadentes, como que son resultados de la crisis filosófica europea.

Presenta Caturelli a Córdoba como adelantada en la labor de la crítica filosófica del pensamiento filosófico. En busca de antecedentes de esa naturaleza llega hasta Esquiú (1826-1883), Jerónimo Cortés y otros, destacando siempre la importancia de Córdoba en el desarrollo filosófico de la Argentina. Sostiene que el positivismo penetró antes en Córdoba que en Buenos Aires, donde, a su juicio, fue una manifestación tardía. El autor abre tanto el compás de su interpretación histórico-crítica, que termina por no poder trazar con exactitud el parámetro del curso de la filosofía en el país.

En los comienzos del siglo XX sitúa, en primer lugar, a algunas figuras de Córdoba y de Tucumán: Martínez Villada, Saúl Taborda, Raúl Orgaz, Martínez Paz, Alberto Rougés, cuyas obras filosóficas aparecen bien entrado el siglo actual. Estudia a continuación figuras que en realidad precedieron a las mencionadas

anteriormente, pero que actuaron en Buenos Aires: Rodolfo Rivarola, Alejandro Korn, Carlos Baires, Coriolano Alberini, Benjamín Taborda, Alfredo Franceschi y otros más.

Al margen de la sobreestimación cordobesa, que se observa en muchas páginas del ensayo de Caturelli, se manifiesta también un proceso de reducción del pensamiento de los autores estudiados a esquemas genéricos, donde se diluyen los sesgos propios y originales de los pensadores argentinos: naturalismo, krausismo, positivismo, noeokantismo, vitalismo, realismo, fenomenología, historicismo y axiología. Este procedimiento, común en la historiografía filosófica del país, de situar a los pensadores en clases o corrientes filosóficas europeas, traslada un poco el criterio de las ciencias fácticas de la naturaleza, que incluye lo individual en especies y géneros comunes. Este proceso reductivo está más atento al conocimiento de las influencias recibidas por los autores que a la originalidad de sus escritos filosóficos.

Contrariamente a lo asentado en la bibliografía historiográfica, que destaca la tarea de irradiación hacia las provincias que ha realizado Buenos Aires, a partir de la organización nacional y que hacia 1880, cuando se produce la transformación de "la gran aldea" en ciudad cosmopolita, tiene todos los caracteres de la "porteñización" del país, Caturelli acentúa el papel desempeñado por Córdoba y su Facultad de Filosofía, desaparecida alrededor de 1890. Por momentos se sitúa en una posición opuesta al criterio predominante a este respecto en la historiografía general del país. Ello se vuelve patente cuando hace brotar la crítica al positivismo y el cientificismo de principios de siglo XX, a raíz de la penetración de los estudios epistemológicos y axiológicos, en los hombres que representan el sector católico en la general del 80 (Estrada, Goyena, Achával, Rodríguez y otros), y aun antes, por Esquiú. En verdad, la tarea de demolición del positivismo la realizaron los hombres de la generación del Centenario: Rivarola, Korn, Alberini, Rougés, Gabriel, Taborda, Rojas, Peradotto, Franceschi y tantos más. Con la reforma universitaria triunfan las corrientes idealistas

a partir de 1920, para señalar una fecha, el positivismo y el científicismo desaparecen de las cátedras universitarias y de las distintas actividades de la cultura nacional.

Por cierto, en la transformación de la filosofía argentina no fueron ajenos los pensadores cordobeses, pero hay que convenir que, con la capitalización de Buenos Aires en 1880, el centro de gravitación cultural, como otros aspectos de la vida nacional, se concentra en la ciudad metropolitana. Si bien Córdoba continuó siendo un centro cultural altamente importante, en materia filosófica su eficacia estaba bastante diluida y amortiguada a fines del siglo XIX, a tal punto que dejó de existir la centenaria Facultad de Filosofía de su Universidad centenaria, para resurgir recién en 1933 como Instituto de Humanidades, en 1940 como Instituto de Filosofía y Humanidades y más tarde como Facultad de Filosofía y Humanidades.

En la segunda edición del libro *La filosofía en la Argentina actual*, Caturelli mantiene los criterios básicos que dieron sentido a la primera edición. Combina los enfoques historiográficos con los especulativos y teóricos. Esta mixtura, permitida en la índole ensayística de la obra, hace que los primeros queden sometidos a los otros, esto es a los vinculados con la posición filosófica de Caturelli. Con la consecuencia de que por momentos, más que el curso histórico de las ideas, el autor presenta su propia filosofía de la historia. Es lo que ocurre, como lo hemos anotado al considerar la primera edición de la obra, con la interpretación de la reacción antipositivista en las primeras décadas de este siglo en el país.

La arquitectura de la obra es, sobre poco más o menos, la de su presentación primera, aunque muy enriquecida en contenido y bibliografía. Preceden al estudio del tema algunas páginas sobre las raíces históricas de la filosofía en la Argentina. En realidad, se trata de consideraciones de filosofía de la historia, ofrecidas a la luz del pensamiento espiritualista de sesgo agustiniano de algunos filósofos europeos actuales.

La primera parte del libro versa acerca de la penetración y desarrollo del tradicionalismo, la escolástica del siglo XVII, que el autor denomina la segunda escolástica, seguida a fines del siglo XIX por la tercera escolástica, suscitada por la encíclica "Rerum novarum" de León XIII (1883). Junto a estas corrientes y sus distintas modalidades, que llegan hasta la actualidad, Caturelli indica, entre los antecedentes históricos de la filosofía en la Argentina actual, la línea del pensamiento inmanentista, representada especialmente por la filosofía de las luces y la ideología, que influyeron en algunos hombres de Mayo (Belgrano, Monteagudo, Moreno, Castelli) y de la época de Rivadavia (Lafinur, Fernández de Agüero, Alcorta). La tercera corriente emerge con la crítica que se realiza dentro del pensamiento moderno, con el objeto de afirmar la trascendencia. Caturelli reconoce esta posición en el espiritualismo cristiano de Jouffroy, Lermínier y sobre todo en Víctor Cousin, filósofos que influyeron en los hombres de la generación del 30 y en los constituyentes. En la pléyade del 80, junto al inmanentismo positivista, se alza la crítica del pensamiento católico.

En la segunda parte trata del desarrollo del espiritualismo ecléctico, el krausismo y el racionalismo en el siglo XIX. En las primeras páginas que componen la tercera parte, Caturelli se ocupa del positivismo filosófico y el cientificismo. En el pasaje del siglo XIX a los comienzos del XX, el autor reconoce tres vertientes doctrinarias: la neoescolástica, las últimas manifestaciones del espiritualismo ecléctico y el movimiento neocriticista y neorrealista. En la cuarta parte estudia algunas figuras de transición: Juan Agustín García, Joaquín V. González, Leopoldo Lugones. En la quinta presenta las figuras que han representado a su hora las corrientes idealistas, vitalistas, realistas y egoológicas (Korn, Alberini, Taborda, Franceschi, Martínez Paz, Raúl Orgaz, Carlos Cossio). Al desarrollo de la fenomenología, el historicismo y la axiología, dedica otra división del libro. Pasan por estas páginas Romero, Guerrero, Estrada, de Anquín, Virasoro, Mondolfo y otros.

La filosofía cristiana es objeto de un amplio estudio en *La filosofía en la Argentina actual*. Estudia esa corriente en profundidad y extensión porque constituye el "humus" de la cultura nacional y acaso también porque coincide con la posición filosófica del autor. Dentro de ese horizonte destaca, en primer lugar, la contribución de Córdoba y el centro del país al desarrollo de esa corriente del pensamiento y la presenta en los principales representantes del tomismo (Liqueno, Martínez Villada, Novillo Corvalán y otros más), del suarismo (Fragueiro) y el agustinismo. A la actuación de estas figuras se suman la de algunos filósofos extranjeros (Muñoz Alonso, Von Rintelen, Sciacca, Mondolfo).

También es motivo de indagación en la obra de Caturelli, la presencia de la filosofía cristiana en la zona Norte de la Argentina. Pasan por esas páginas algunas figuras de importancia: Rougés, Aybar, Petit de Murat. En la región del Río de la Plata y el Litoral busca los antecedentes históricos de la filosofía tomista y presenta sus representantes actuales (Casares, Pico, Derisi, Castellani, de Estrada, Menvielle, Sampay y otros). A esa tendencia se une la del pensamiento suarista: Furlong, Quiles, Aduriz. En la zona de Cuyo el autor sitúa a Sepich, Silva, Espinoza, Dussel y Bazán.

Al espiritualismo filosófico dedica algunas páginas. Pasan por ellas el espiritualismo religioso de Fatone, la subjetividad y la trascendencia de Vasallo, el personalismo moral de Virasoro (Rafael) y algunas reflexiones críticas del autor.

La obra se cierra con un estudio de la filosofía en el país, enfocado ahora desde el ángulo del desarrollo de algunas ramas de la filosofía: filosofía de la naturaleza, lógica, filosofía de las ciencias.

A lo ya dicho, en sentido crítico, hay que agregar que en el libro de Caturelli predomina la indagación de las influencias filosóficas recibidas por los pensadores argentinos y queda pretérita la búsqueda de las raíces y aspectos originales. Así y todo, dentro del carácter ensayístico y de sesgo personal con sus ideas

en libertad, es *La filosofía en la Argentina actual* la obra más completa y abarcadora que sobre el tema posee la bibliografía filosófica más reciente.

SINTEISIS COMPARATIVA

Para que las páginas anteriores no sean sólo una galería temporal de opiniones y trabajos sobre la historiografía del pensamiento filosófico en la Argentina, hay que completarlas con una síntesis comparativa y crítica de los resultados alcanzados.

A través de los diferentes enfoques historiográficos y de los métodos empleados por los autores estudiados, se observa que ambos aspectos (enfoques y métodos) están condicionados por la filosofía de la historia predominante en la época a que pertenecieron los historiadores y críticos. Los que han estudiado la vida política y militar del país, tal como ocurre con Vicente López y Bartolomé Mitre, encararon el quehacer historiográfico, más allá de diferencias secundarias, con el criterio que les daba la filosofía del historicismo romántico. Juan María Gutiérrez, quien por sus búsquedas documentales interesa de un modo particular a la historia del espíritu filosófico argentino, está situado dentro de la misma filosofía de la historia que la de Mitre y López. Con la diferencia de que Mitre tendió con los años a hacer una historiografía científica, mientras que López intentaba elaborar una historia filosófica, esto es, una historia en otro nivel o grado que la historia de los acontecimientos políticos o guerreros. Por su parte, Gutiérrez tendía a preparar una historia de la educación y la cultura, para la cual contribuyó con materiales importantes en su libro *Noticias históricas sobre el origen y desarrollo de la instrucción pública superior en Buenos Aires* (1868). Señalamos el carácter documental y el valor biográfico de esa obra, cuya orientación sigue las trazas del historicismo romántico.

El examen de los enfoques historiográficos de Groussac y de sus convicciones filosóficas, permiten ubicar a este autor en la

corriente de la historiografía positivista, aunque su positivismo esté atenuado por su temperamento y el carácter literario e histórico de su labor. Como Montesquieu, primero, y luego Taine en Francia trata de acercar la ciencia histórica a los criterios de investigación de las ciencias naturales. Entre Montesquieu, espíritu geométrico y racionalista del siglo XVIII, y Taine, espíritu científico de las postrimerías del siglo XIX, hay coincidencias y diferencias. Entre ambos media el historicismo romántico con sus ideas de un plan divino de la historia (Herder), el sentido teológico del proceso histórico (Hegel), la conjunción de necesidad y libertad (Thiers, Thierry, románticos en general). Groussac llega después de todos ellos y aproxima la ciencia histórica a las positivas, aunque reconoce un lugar importante en aquélla al carácter artístico de la reconstrucción y síntesis historiográficas.

José Nicolás Matienzo es un esperceriano textual. Se atiene a los resultados del evolucionismo energetista y monista del filósofo inglés. El proceso histórico forma parte de la evolución cósmica. De allí que la ciencia histórica deba atender al proceso general de la vida de un pueblo y no al pirueteo de los llamados grandes hombres, que creen en la eficacia del pensamiento individual. Por su parte, José Ingenieros, con su positivismo biólogo, hace depender la evolución histórica y social de la evolución biológica. Las ideas en general son el resultado de la experiencia psicogenética de los pueblos.

En Juan Chiabra reconocemos a un autor de formación neokantiana y humanista de la historiografía, según se advierte en el estudio preliminar de su obra *La enseñanza de la filosofía en la época colonial*, una interpretación un tanto difluente. Alejandro Korn, historiador de sesgo neokantiano, con apertura a la ciencia, la axiología y la cultura, ha realizado una contribución importante al conocimiento de las "influencias de las ideas filosóficas en la evolución nacional". En sus *Apuntes Filosóficos* escribe que "la historia es la noción coherente del desarrollo de la cultura". Ene-

migo de la metafísica, la proscribió de la interpretación historiográfica.

Coriolano Alberini estudió intensamente el desarrollo de la cultura filosófica argentina. Escribió ensayos sustanciosos que corrigieron en su época errores que se venían repitiendo desde los días de Groussac. Se ocupó preferentemente del historicismo romántico, poniendo de relieve la influencia de los autores alemanes y franceses, muchos de los cuales eran de segundo orden en Europa, pero esenciales para comprender la historia de las ideas filosóficas y políticas en la Argentina. La filosofía de la historia de este autor emerge de su interpretación idealista del vitalismo. A juicio de Alberini, el positivismo argentino careció de espíritu filosófico, de potencia analítica y de erudición crítica. Establece un verdadero hiato entre esa corriente del pensamiento y las que llegaron después, por obra de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, sobre todo a partir de 1910 y que hicieron eclosión en 1918, imponiéndose en los medios universitarios en 1920. Son las corrientes idealistas y vitalistas sobre todo.

La labor de Guillermo Furlong en la ciencia histórica se caracteriza por su carácter erudito y documental. Se ha orientado principalmente al estudio de temas de historia de la cultura y de las ideas filosóficas en el Río de la Plata. Dentro de este horizonte, ha puesto el acento en el período de la dominación española y en el papel que han desempeñado las órdenes religiosas, en particular la de los jesuitas. Su contribución es valiosa y la más extensa e importante realizada en este sector de la investigación histórica. Su enfoque axiológico responde por cierto, a su formación histórica, filosófica y religiosa.

Ha orientado Juan Próbst la indagación historiográfica hacia el estudio de la enseñanza en la época colonial y de algunas figuras de ese mismo período, entre ellas la de Juan Baltazar Maziel. A propósito de esta biografía, reconstruye el ambiente histórico y cultural en que actuó. Se trata de un historiador documentado, que destaca el aspecto vernáculo y americano del proceso histó-

rico, así como la influencia de las ideas filosóficas en las últimas décadas del siglo XVIII.

Sin ser estrictamente un historiador de las ideas filosóficas en la Argentina, Francisco Romero reúne en su libro *La filosofía en América* una serie de ensayos acerca de las figuras que considera "fundadores" de la filosofía en Latino América, esto es, las figuras sillares. No atiende al proceso de continuidad histórica del desarrollo de la filosofía del país. La filosofía comienza, a su juicio, aquí, con el positivismo, al cual le atribuye la significación de un hiato con respecto al pasado. La "normalidad filosófica" está representada por figuras como las de Rivarola, Korn, Alberini, Rougés, Taborda. La labor de Romero en este aspecto que tratamos pertenece al ensayismo.

Estudioso profundo y original, Luis Juan Guerrero se interesó en la investigación de la ética social del pueblo argentino durante el siglo XIX, en especial durante el predominio del historicismo romántico. Se atuvo más al estudio de las influencias europeas en el pensamiento argentino, que a los sesgos propios de éste. Su labor se cumplió dentro del horizonte de la cátedra universitaria. Sus lecciones han quedado en copias mimeografiadas, que aguardan su edición definitiva. Por lo que hace a sus estudios de historia del pensamiento argentino, ellos confirman a la vez que amplían los resultados expuestos por Alberini, aunque Guerrero se sitúa dentro del horizonte de la filosofía fenomenológica y existencial. Intereses intelectuales distintos lo llevaron a los estudios psicológicos y estéticos.

Luis Farré en su libro *Cincuenta años de filosofía en la Argentina* ofrecía en 1958 una visión de conjunto del desarrollo de la filosofía en la primera mitad del siglo XX. En lo fundamental su estudio consiste en una sucesión de semblanzas de figuras que se han dedicado a la filosofía, no siempre trabadas históricamente entre sí de tal modo que se vea la continuidad del desarrollo a la vez que las diferencias dentro de él. Con todo, esta obra fue durante algunos años la única de conjunto sobre el tema, abonada

casi siempre por un sano espíritu crítico, difícil de conseguir cuando se trata de estudios que se refieren a autores en su mayoría vivientes.

Entre los antecedentes historiográficos examinados en estas páginas, los trabajos de la Prof. Delfina Varela Domínguez de Ghioldi presentan un especial interés. Formada al lado de maestros como Alberini, Korn y Rojas, ha estudiado las corrientes filosóficas del país, preferentemente las del siglo XIX y algunas figuras de nuestro. Son de importancia sus trabajos acerca de la penetración y desarrollo de la ideología, del historicismo romántico en la generación del 37 y de algunas figuras contemporáneas como la de Korn. Sin perder su nivel de investigación, los libros de esta escritora están orientados a la educación y comprensión populares. Con ello, además de mostrar una atinada actitud de servicio docente, se revela coherente con su propia filosofía política y social, que hace residir la soberanía o potestad civil en el pueblo. Con ello prolonga la actitud de pensamiento y conducta de su maestro Korn.

Jorge Zamudio Silva, que tuvo los mismos maestros que Varela Domínguez de Ghioldi, ha dedicado su tesis doctoral a la investigación de la ideología en la Argentina, centrándola en la figura de Manuel Fernández de Agüero, sin por eso dejar de realizar una importante síntesis comparativa con otros representantes de esa tendencia: Lafinur y Alcorta. Tuvo a su cargo la edición crítica de las obras de Fernández de Agüero, realizada, como queda dicho, por el Instituto de Filosofía de la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. En estos trabajos se muestra un continuador de los criterios y valoraciones axiológicas de Alberini. Con posterioridad se ocupó del estudio de la sociedad en el Río de la Plata, conocimiento que consideraba necesario para investigar la historia de las ideas, y en modo particular de las filosóficas, en el pasaje del siglo XVIII al XIX. En relación con este enfoque, ha rastreado las fuentes de la historia de las ideas en aquella región de la Argentina, insistiendo en la inter-relación entre el desarrollo histórico general del país y el de su pensamiento filosófico. Es in-

dudable que su preferencia por los contenidos de ética social del pueblo argentino, coincide con el giro dado a esta clase de estudios por Luis Juan Guerrero, junto a quien trabajó Zamudio Silva durante varios años en el Instituto de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires.

Además de la Sra. Varela Domínguez de Ghioldi ha realizado una aportación importante a los estudios que consideramos la Dra. María Angela Fernández. Si bien algunos autores habían señalado la necesidad de estudiar la raíces vernáculas del pensamiento filosófico en el país, la verdad es que casi todos habían atendido a las influencias del pensamiento europeo. La Dra. Fernández se puso en la tarea de rastrear aquellas raíces con un criterio adecuado. Considera que entre la acción y la reflexión, entre la *praxis* y las ideas existe una relación de causalidad recíproca, de ida y vuelta, o como decía Alberini con una imagen de "bumerang". Siempre hay "encapsulada" una filosofía práctica en la acción política, social, educativa, económica, etc. Si esto es así cabe pensar que en la acción de los hombres de Mayo, se refleja una filosofía práctica argentina. Es lo que investiga esta autora en uno de sus trabajos sobre el periodismo en las primeras décadas del siglo XIX.

Con este mismo criterio ha indagado la Dra. Fernández el concepto de progreso en Echeverría, los problemas liminares y los fundamentos que plantea la historia del pensamiento y la cultura argentinos, el sentido realista de la filosofía práctica en el lapso entre 1820 y 1880 y del tema del hombre en Vicente Fidel López, Alberdi y Sarmiento. En todos estos trabajos, verdaderas monografías universitarias, vinculadas a la labor docente de su autora en la Facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires, se pone de relieve la emergencia vernácula de la filosofía práctica en el país a lo largo de su historia. En lugar de descender de las influencias universales de la filosofía a las circunstancias históricas particulares de la Argentina, recorre el camino inverso, o, de otra manera, en vez de considerar primero el acopio de las múltiples influen-

cias a través de la apertura de la inteligencia del país, investiga primero la acción histórica en sus distintas facetas y envueltas o englobadas en ella las ideas filosóficas, la filosofía realista y práctica, en la cual por cierto, late siempre una metafísica. Como se advierte estos nuevos criterios prolongan, en realizaciones efectivas, los del Dr. Luis Juan Guerrero.

De Abel Oháneton, hay que destacar su libro *Retorno de Echeverría*, erudito y bien elaborado. Por lo que hace a la interpretación del pensamiento filosófico del autor del *Dogma Socialista*, coincide con Alberini, a quien sigue en la apreciación de lo que hay de original y recibido en Echeverría. A diferencia de De Angelis, Groussac e Ingenieros, Chanton, puntualiza que la influencia decisiva no fue la de Saint Simon, como sostuvieron aquéllos, sino las de Leroux y Mazzini. Además, insite en los sesgos de originalidad del pensamiento de Echeverría.

Especializado en historia de las ideas y de la cultura americana, Recaurte Soler ha escrito el libro más serio y valioso con que cuenta actualmente la bibliografía sobre el positivismo argentino. Las conclusiones de su estudio se pueden sintetizar así; 1) hay dos momentos del positivismo argentino: el que sigue las ideas de Comte y el que sigue las de Spencer; 2) el positivismo cientista que rechaza el evolucionismo mecanicista e intelectualista de Comte, para fundar la filosofía científica en la biología; 3) el biologismo es el fundamento de la psicología, la sociología, el derecho y la moral. Ese evolucionismo no sigue la línea de Spencer, sino la de Darwin en algunos aspectos, y de Lamarck en otros. De Darwin rechaza los aspectos mecanicistas de selección natural, adaptación, etc. De Lamarck admite que la evolución se produce por factores internos y que la adaptación es un resultado o función de la evolución; 4) los autores que están en esta posición son Carlos Octavio Bunge, Augusto Bunge, Jose Ingenieros y Rodolfo Senet.

El libro de Ricaurte Soler, escrito con mucha simpatía intelectual hacia las posiciones filosóficas aludidas, estima que éstas mantienen una fecundidad abierta al porvenir, sobre todo con los espec-

tos sociológicos y éticos. En cambio, no ve con igual simpatía las corrientes que reaccionan contra el positivismo en la Argentina en las dos primeras décadas del siglo XX. Se puede decir que adopta una actitud contrapuesta a la de Alberini, crítico acerbo del positivismo y alentador de las nuevas corrientes filosóficas de la época.

Los esfuerzos de investigación hechos en el terreno de la historiografía del pensamiento y la educación filosófica del país, desde la aparición de la obra de Juan María Gutiérrez *Origen y Desarrollo de la Instrucción Pública Superior en Buenos Aires* (1868), tornaban posible y necesaria la presentación de un panorama histórico que diese una visión integral y sintética del desarrollo de la filosofía en el país. Esta meritoria labor la realizó con buen éxito Juan Carlos Torchia Estrada en su libro *La Filosofía en la Argentina* (1961). Con criterio estrictamente histórico-filosófico, sin interferencia de otros de diverso origen, el autor expone con claridad y precisa concisión, el desenvolvimiento de las siguientes etapas: la escolástica, la ideología, el romanticismo, el positivismo, y la filosofía contemporánea. Dedicar un capítulo final y de índole filosófico-crítica a la situación actual de la filosofía argentina.

Dentro de los horizontes en que ha trabajado Torchia Estrada, su obra ofrece mérito indudable, además de los ya destacados. Constituye uno de los primeros trabajos monográficos que satisface las exigencias de la historiografía interna de la filosofía, lo cual permite seguir el curso del pensamiento filosófico desde la época del predominio de la escolástica hasta la actualidad. Por otra parte, la índole panorámica de la obra, no le impide a su autor corregir interpretaciones o puntos de vista de investigadores anteriores, como ocurre con ciertos aspectos de la escolástica, la ideología y el positivismo. No menos digno de señalarse es que atiende sólo a las manifestaciones filosóficas en sus distintos aspectos, sin invadir el campo más amplio de la historiografía de las ideas en la Argentina. Por cierto, la delimitación del tema no significa la ausencia de referencias a la historia general del país.

Alberto Caturelli ha realizado una contribución sumamente importante a la investigación del espíritu filosófico argentino. Su libro *La Filosofía en la Argentina Actual*, en su edición de 1962 y la posterior, enriquecida y actualizada en 1971, contribuye sin duda alguna el estudio más abarcador y documentado que existe hasta el presente sobre el tema, un verdadero jalón en el avance de la historia de las ideas filosóficas en el país. Por cierto, este progreso no hubiese sido posible sin la contribución precedente de los investigadores. El aumento de los conocimientos y de la conciencia crítica son siempre el resultado de la suma de los esfuerzos comunes ya cumplidos, de la tarea de colaboración que supone el desarrollo de la historiografía filosófica, a la vez que de la iniciativa y capacidad de los investigadores actuales.

La obra antes mencionada del Dr. Caturelli, según se desprende de su examen, puede ser ubicada dentro de la índole del ensayo histórico-crítico de la filosofía de la Argentina actual. Se entrecruzan en ella los criterios estrictamente historiográficos con otros que brotan de la posición filosófica del autor, que se puede calificar de espiritualismo cristiano, y de un modo particular de su filosofía de la historia. La combinación de los criterios aludidos hace que por momentos el autor subordine el movimiento histórico de las ideas filosóficas a su doctrina personal, desde la que organiza la valoración axiológica de los autores y corrientes filosóficas expuestas. Buena muestra de ello son sus vistas sobre la marcha de la filosofía en la época moderna y contemporánea, tanto en Europa como en la Argentina, así como el énfasis que pone en la contribución de los autores de Córdoba a la historia del pensamiento filosófico argentino, que considera decisiva y muchas veces delantera con respecto a otras regiones del País. Todo ello configura los rasgos del ensayo histórico y crítico, con agudos enfoques, ideas en libertad y amplia consulta de fuentes bibliográficas.

Como ocurre con la historiografía general del país, también en la filosófica los estudios han adquirido una importancia mayor en Buenos Aires y el Litoral argentino que en otras regiones del

país, salvo Córdoba y su Universidad. Si bien la necesidad de un enfoque regional en esta clase de estudios, ha sido señalada con alguna insistencia por figuras representativas del quehacer filosófico (Taborda, Romero, Coviello y otros), es lo cierto que sólo en los últimos años han aparecido monografías con este enfoque regional. Cabe recordar que el libro de Alberto Caturelli, *La filosofía en la Argentina actual* (1971), contiene una parte dedicada a estudiar el desarrollo de la filosofía en las diferentes zonas o regiones del país. Algo semejante ha realizado Juan Pinto, en el terreno de las letras y de la cultura, en su obra *Pasión y suma de la expresión argentina* (1971).

Valor importante posee, en la búsqueda de antecedentes filosóficos en la región de Cuyo, la tarea realizada por Arturo A. Roig. Su formación filosófica y sus depurados métodos de investigación y exposición se muestran en un conjunto de trabajos dedicados a buscar las raíces filosóficas particularmente de Cuyo. Entre esos estudios cabe mencionar los siguientes: *La presencia de Alejandro Humboldt en las provincias de Cuyo*; *Julio Leonidas Aguirre*; *Breve historia intelectual de Mendoza*; *Mendoza y los visitantes positivistas*; *La filosofía tradicionalista de Monseñor Arredondo*; *Notas explicativas a la "Filosofía de Julián Barraquero"*; *Notas explicativas a "Materialismo Darwinismo y positivismo" de Santos Scalabrini*; *La filosofía de las luces en la ciudad agrícola*.

Posee Arturo A. Roig estudios que cubren un campo más vasto del desarrollo filosófico de la Argentina, realizado con pareja precisión y seriedad a los ya mencionados. Aludimos a *El mensaje de Echeverría*; *Estudios preliminares y notas a la doctrina platónica de las ideas de Amadeo Jacques*; *Notas sobre el eclecticismo en la Argentina*; *El pensamiento de Amadeo Jacques sus fuentes y evolución*; *Presentación y notas de la "Memoria sobre el sentido común"*; *El pesimismo de Eduardo Wilde*; *El concepto de filosofía americana en Juan Bautista Alberdi*. Nivel y proporción de un buen libro son *Los krausistas argentinos* (1969). En años más recientes, el interés investigador del autor se ha ampliado a la consideración

de algunas figuras sudamericanas, entre ellas los uruguayos Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira.

Con buen criterio, el Prof. Roig se inclina a las investigaciones documentadas, concretas y pormenorizadas, que constituyen siempre verdaderas aportaciones bibliográficas en esta clase de estudios, y no a la elaboración de esquemas generales, más o menos arbitrarios, como ocurre en ciertos aficionados, que parecieran intentar la triangulación de la vaguedad y la pereza mental.

La síntesis comparativa y crítica de las más importantes contribuciones que se han realizado en el campo de la historiografía filosófica argentina, desde la de Juan María Gutiérrez en el siglo XIX hasta las más recientes permite reconocer las distintas concepciones y posiciones que han orientado el cúmulo de las investigaciones. Cabe recordar en ese sentido las interpretaciones animadas sucesivamente por diferentes formas del historicismo: desde el romántico, representado por la protohistoriografía argentina hasta el espiritualismo cristiano, pasando por el historicismo del positivismo, el idealismo, las tendencias vitalistas y axiográficas.

Permite la rápida síntesis comprobar que a lo largo del proceso histórico argentino se ha ido revelando el sentido filosófico de la historia del país. A medida que nos acercamos a la actualidad aumenta el cúmulo de saber acerca del pasado filosófico, por obra de la tarea cumplida por numerosos investigadores interesados en la historiografía y la crítica filosófica. Ese crecimiento ha vuelto posible una visión cada vez más segura, totalizadora e integrada del curso histórico-filosófico, esto es, una mayor profundización crítica y conciencia históricas. Por cierto, se observa también más objetividad, precisión y rigor en los estudios. Todo lo cual significa que se van desocultando las raíces del espíritu filosófico del país.

A la altura histórica de nuestra época, no se trata de incorporarse con mayor o menor decisión y coraje especulativo a la velocidad adquirida por el movimiento histórico de las corrientes filosóficas, para acelerarlo, amortiguarlo o estorbarlo. Lo importante en la actualidad es juzgar ese curso histórico de las ideas y estable-

cer pautas y criterios que permitan orientar y realizar el destino en lo personal, nacional y humano.

APUNTACIONES CRÍTICAS

Si se considera con visión de conjunto los esfuerzos realizados en la historiografía filosófica argentina, se observa que existe una toma de conciencia cada vez más profunda e intensa del desarrollo histórico del pensamiento filosófico en el país. Se comenzó por advertir la importancia de las ideas y la educación filosóficas en la historia de los acontecimientos y las instituciones políticas. Los primeros trabajos (los de Gutiérrez, Groussac, Garro, Montero) iniciaron la tarea de reunir las fuentes documentales y ofrecieron a la vez que estudios de interés sobre algunos profesores de filosofía de la época colonial y del siglo XIX, el bosquejo histórico de educación filosófica (colegios y universidades). Con posterioridad se hicieron algunos esfuerzos de reconstrucción historiográfica (Rivarola, Matienzo, Ingenieros, Korn, Alberini, Furlong), que se continuaron en la actualidad con buen acopio documental y crítico (María Angela Fernández, Delfina Varela Domínguez de Ghioldi, Luis Farré, Juan C. Torchia Estrada, Recaurte Soler, Alberto Caturelli, Arturo A. Roig y otros).

La suma de las tareas realizadas en el terreno de esta historiografía especial, permite reconstruir el curso de las ideas filosóficas en la Argentina. A medida que se progresa en el conocimiento del pasado filosófico del país, mayor es la "iluminación" que adquiere ese pasado. Consciente o inconscientemente tales esfuerzos de investigación resultan a la postre una tarea de colaboración conjunta extendida en el tiempo, que ha ido sacando a luz un aspecto de la realidad histórica argentina antes oculta e inadvertida, y que es de tanta importancia como los otros aspectos, pues se trata de las ideas filosóficas o autoconciencia profunda del curso histórico de la nación. Mediante las ideas el movimiento histórico deja de ser un sordo impulso de vida viviente para trastocarse en vida históri-

ca reflexiva, sea de reflexión política, económica, social, filosófica, o de lo que sea. Por cierto, el estudio del cauce seguido por el pensamiento filosófico, que es el que aquí importa, a la vez que vuelve consciente la continuidad y los cambios del curso de las ideas, trae aparejado simultáneamente mayor profundidad crítica y claridad de la conciencia histórica e historiográfica.

Hay autores, entre los examinados en las páginas anteriores que se inclinan hacia los estudios esquemáticos y generales, a veces sin la necesaria consulta y conocimiento de las fuentes documentales. Se corre el riesgo de confundir de este modo concentración con vaguedad, espíritu de síntesis con gambeteos de dificultades. Para lograr la síntesis y la concentración incisivas es preciso haber pasado antes por el conocimiento directo de los documentos de interés filosófico. Las perspectivas y apreciaciones globales no son aconsejables en esta clase de estudios.

Junto al defecto apuntado, cabe mencionar en ciertas interpretaciones las proyecciones, la introyección de posiciones y proposiciones a *priori*. Hay autores que se dejan llevar por un filosofismo más o menos personal, que trata de apoyarse en los documentos y las fuentes historiográficas. En lugar de apoyar e interpretar los documentos en las corrientes vigentes en la época a que pertenecieron aquéllos. De esta manera se invierte la relación que existe entre documentos y filosofía. Son los documentos los que se apoyan en la filosofía y no la filosofía la que se apoya en los documentos.

La historiografía de las ideas filosóficas argentinas, es particularmente difícil, no sólo por las dificultades del conocimiento de las fuentes documentales, especialmente de la época de la dominación española, que permanecen en archivos eclesiales, sino por los inconvenientes y problemas que surgen de la falta de rastreos prolijos del pasado intelectual del país en su conjunto y no sólo de algunos centros y personas de irradiación filosófica del mismo. La "porteñización" de la cultura del país, desde los promedios del siglo XIX, ha hecho que se haya puesto el mayor interés, también en este aspecto, en el pasado intelectual de Buenos Aires.

Hay que señalar asimismo, algunos puntos de vista contrapuestos, que surgen de los aspectos de continuidad y de cambio que presenta el curso histórico. Hay autores que ponen el acento en uno u otro de esos segos de la realidad histórica, en este caso del desarrollo de las ideas filosóficas. En un historiador, que tanto ha hecho en la búsqueda del origen y desarrollo de la filosofía del Río de la Plata, como Furlong hay una tendencia a acentuar el aspecto de la continuidad entre el pasado filosófico de la época española y los comienzos del período independiente. Por cierto, figuran entre los antecedentes de la historiografía filosófica de la Argentina, autores que ponen énfasis en los cambios o hiatos, en la innovación y la novedad. Quiebran así la continuidad del curso histórico de las ideas. Para algunos la reflexión filosófica comenzó en la Argentina con la filosofía positivista y para otros con las corrientes idealistas y vitalistas de comienzos de este siglo. Entre los primeros hay que mencionar a Korn y Romero; y entre los otros, a Alberini y Guerrero. Distinguen ellos entre los comienzos o los albores de la actividad filosófica y los "fundadores" y la "normalidad filosófica".

En el fondo en esta disparidad de criterios late el problema general a que aludimos más arriba: el de la continuidad y el cambio en el curso histórico. Los autores que sostienen o ponen énfasis en el primer aspecto afirman que el período independiente de la historia argentina, digamos a partir de la Revolución de Mayo, es la continuación del proceso anterior cumplido durante la dominación española. Si el nivel histórico alcanzado por la Revolución de Mayo lo representáramos como una cumbre, los autores que destacan el aspecto de la continuidad tienden a aplanar esa cumbre, reduciéndola al nivel histórico del valle. Desde luego, no es exacto tampoco que la historia argentina comienza, por decirlo así, de la nada, en 1810. Pero es indudable que a partir de aquel acontecimiento se produce una distinta distribución de las fuerzas históricas, lo cual engendra un acento, inflexión o manera nueva en el cambio histórico. Lo nuevo, grande o pequeño, emerge sobre el

pasado, pero no significa continuidad absoluta con él, sino que es creación o cambio que se apoya en el momento histórico anterior. El historiador no puede soslayar este aspecto de novedad, matiz diferente, puesto que la historia es realidad humana y espiritual, y como toda realidad humana y espiritual importan lo nuevo, la diferencia y el matiz. Si no se atiende a estos segos se pierde de vista las formas eminentes y se acaba por convertir los grandes acontecimientos históricos, y en el caso de las corrientes filosóficas, en manifestaciones de superficie de otros acontecimientos históricos o en epifenómenos de otros movimientos anteriores de la filosofía. La Revolución de Mayo aparece, en un caso, totalmente contenida en el pasado histórico. Las corrientes idealistas y vitalistas se las reduce a la filosofía positivista, según se observa en Alfredo Ferreira. Les ocurre a estos autores un poco lo que a los niños que inflan con aire excesivamente, sus juguetes de goma, perdiendo así, éstos, sus formas originarias.

No menos frecuente, si no en los historiadores sí en los pensadores originales, es la convicción de un exceso de originalidad que las desvincula del pasado inmediato y en ocasiones de todo el pasado. Sus obras resultan así algo como croquis o bocetos de egomanía. Cultivan una especie de principismo del yo. Consideran que todos los acontecimientos históricos, y las mismas ideas filosóficas, que lo son también, dependen exclusivamente de la eficacia y libertad personales. Olvidan que éstas se ejercitan en el espacio y el tiempo, son cronotópicas, y que la misma libertad espiritual del individuo se realiza dentro del cuerpo. Cuanto más rigurosas sean las personalidades filosóficas, más eficaces serán sus ideas y sus acciones. Y mayores serán las diferencias con el pasado intelectual y filosófico, más acentuados los contrastes y las posiciones, pero siempre dentro de la continuidad del curso histórico. Ocurre que los que más niegan el pasado inmediato, son los que más unidos están a él, por hilos sutiles. No hay cambio histórico sin otra manera de hacer historia, y cada manera se apoya sobre las anterio-

res, de tal modo que se conjugan la continuidad con la diferencia y la novedad. Para hacer historia, cualquiera sea la manera de hacerla, el hombre tiene que contar con la historia. No se puede hacer historia fuera de la historia. Cuanto menos iniciativa tengan las gentes de una determinada época, generación o situación históricas, más visible será la fuerza del pasado y la continuidad de los acontecimientos y de las ideas. Necesidad y libertad se imbrican recíprocamente. Es la tela de Ariadna.

Hay que decir, además, que la historiografía del espíritu filosófico argentino ofrece las mismas etapas que la historia general del país: colonial, independiente, etc. Pero esta periodización se funda en criterios políticos y no disponen de las categorías propias que ha elaborado la historiografía filosófica. De acuerdo con esto, cabe distinguir las siguientes etapas: escolástica, ilustración e ideología, romanticismo y espiritualismo ecléctico, positivismo y cientificismo, reacción antipositivista, corrientes contemporáneas y actuales. Otro criterio de diferenciación, la de la sucesión de generaciones, ha enfocado los problemas fundamentales de la vida, el mundo y la cultura desde distintos puntos de vista. Cabe hacer la historiografía filosófica teniendo también en cuenta los problemas y las disciplinas filosóficas.

Originalidades e Influencias

En el conjunto de los antecedentes historiográficos registrados en las páginas anteriores, la mayoría de los autores se inclina a estudiar las influencias del pensamiento europeo y no los sesgos de originalidad vernácula. Con este enfoque han realizado sus trabajos Groussac, Ingenieros y Korn, y tras ellos muchos otros. Aun el nombre de la obra de este último, *Influencias de las ideas filosóficas en la evolución nacional*, es suficientemente sugeridor, aunque su autor convenga aquí y allá en que es preciso indagar las raíces propias del pensamiento argentino.

Esta perspectiva de búsqueda de influencias trae aparejado como consecuencia el cargar el acento en la coincidencia entre el

pensamiento filosófico europeo y el argentino, o si se prefiere, se estudia la acción civilizadora de Europa, de la cual la penetración de las ideas filosóficas es sólo un aspecto. Se rastrean de este modo los aspectos comunes y genéricos, con olvido del esfuerzo de información, asimilación, adaptación y originalidad argentinas. Se olvida lo propio y peculiar de los pensadores nativos, que aparecen en una constante actitud discipular y epigonal. Este espíritu clasificador nace de la falta de comprensión histórica y concreta de las ideas filosóficas. Los autores que representan este enfoque creen que comprender consiste en reducir lo individual a lo específico y éste a lo genérico.

Por cierto, la investigación de las influencias, por mucha información y erudición que exijan, presentan menos dificultades que la búsqueda documentada de los rasgos de adaptación y originalidad. Lo frecuente en los trabajos que siguen esta orientación, es el esfuerzo que realizan sus autores para inscribir los pensadores argentinos en las corrientes filosóficas europeas. Hay en todo esto una evidente injusticia, fomentada por la actitud de los estratos medios y altos de la sociedad nacional, que están siempre atentos a los cambios y novedades del pensamiento y la cultura europeos, y se ocupan poco o nada de lo que pueda haber de pensamiento y la cultura europeos, y se ocupan poco o nada de lo que pueda haber de pensamiento y reflexión filosóficos en el país. Estos "intelectuales" transparentes y sin raíces, ocupados en reflejar las novedades europeas, no tienen nada propio que ofrecer.

Es indudable que ha habido un avance desde los años en que Groussac puntualizaba estos y otros achaques de la cultura argentina. Las páginas prologales de su *Crítica Literaria* y las últimas de su ensayo sobre *Las Bases de Alberdi y el desarrollo constitucional*, asientan incisivamente los defectos de la *forma mentis* argentina: carácter indolente, verbosidad, afán imitativo, falta de especialización, incapacidad inventiva, efemerismo, pujilaje intelectual y alguno más. Aún en los días de Groussac esas deficiencias no se podían ex-

tender a todos los intelectuales del país. Ese crítico perspicaz reconocería la existencia de espíritus robustos.

En materia filosófica, que es lo que importa aquí, ha habido un progreso notable desde 1920, para fijar una fecha, tanto en lo que se refiere a información actualizada, asimilación crítica, como a esfuerzos de síntesis creadoras. En el siglo XIX y en las primeras décadas del nuestro, no sólo el sol aparecía antes en París que en Buenos Aires. También iba en retraso el reloj de la cultura argentina. En la actualidad esas distancias de tiempo histórico se han acercado —ya que no suprimido— y el pensamiento filosófico argentino se halla actualizado en información, crecido en espíritu crítico y en rasgos de originalidad.

No se trata de un pensamiento filosófico más vivido que pensado críticamente, como en gran parte del siglo anterior, donde estaba destinado en unos a retardar y en otros a acelerar la velocidad del movimiento histórico, y en muy pocos a dar criterios. En la actualidad, en cambio, no se trata de acelerar o retardar la velocidad del curso histórico, sino de fijar pautas e impedir que se vaya a la deriva.

Uno de los aspectos de originalidad es el carácter sintético que, como una constante, se presenta en las reflexiones filosóficas de los argentinos. Síntesis de corrientes o tendencias que en Europa se presentan separadas. No se trata de actitudes eclécticas, sino de síntesis filosóficas que superan los elementos que las integran y que no pueden reducirse a éstos. Este rasgo que ya ofrece la filosofía política del siglo XIX, en autores como Alberdi, o en la filosofía de la historia en Vicente Fidel López, aparece en las figuras representativas de la filosofía argentina de nuestro tiempo.

En el “Curso de filosofía contemporánea”, en el Colegio de Humildades de Montevideo, en 1842, Alberdi sostuvo que era necesario que existiera una filosofía americana, esto es, una filosofía peculiar de cada país, cada época, como respuesta a las necesidades históricas de cada país y de cada época. Las necesidades

históricas argentinas son el filtro que da unidad al pensamiento argentino. Su historicismo romántico le llevaba a esos resultados.

También dijo Alberdi que “la abstracción pura, la metafísica, no echará raíces en América”. Es frecuente que historiadores y críticos tomen estas palabras fuera del texto de las ideas que presidieron el curso de filosofía contemporánea de Alberdi y las proyectaran históricamente hacia el futuro. Tales autores parecen desconocer o no leer o interpretar debidamente el texto alberdiano, donde no se niega la metafísica y la filosofía especulativa. Transcribiremos: “Una revista rápida a estos sistemas¹, nos pondrá en estado de determinar los grandes rasgos que deben caracterizar a la filosofía más adecuada a la América del Sud. Trataremos de señalar las grandes exigencias de la sociedad americana. Nos ocuparemos de los destinos de este continente en el drama general de la civilización, principiando por tocar el problema de los destinos humanos, que es la más alta fórmula de la filosofía, no siendo las demás ciencias humanas sino los términos sueltos de este problema”. Y añade: “La filosofía ha dividido este problema para resolverle. De ahí la *moral*, que investiga el destino del hombre en la tierra; la *religión* que busca su destino antes y después de la vida; la *filosofía de la historia*, que estudia el destino de la especie humana: la cosmología, el origen y las leyes del universo; la teología, la naturaleza de Dios y sus relaciones con el hombre y con la Creación; de ahí, en fin, el *derecho natural*, el *derecho político*, el *derecho de gentes*, etcétera, que no son sino ramos subalternos del estudio de los destinos humanos”. Mal se puede, a la luz de estos pasajes y otros muchos (“Tocaremos, pues, de paso la metafísica del individuo para ocuparnos de la *metafísica* del pueblo”, forma ingenua del “Volsgeist” de Hegel, que revela el sentido histórico de Alber-

1 Se refiere a lo que llama escuela sensualista, esto es a la ideología; a la escuela mística, es decir al historicismo romántico de De Maistre, Lamennais, Bonald y otros; a la escuela eclético de Maine, de Birán, Roger-Collard, Cousin, y la escuela de Julio, es decir al Socialismo romántico de Leroux y otros.

di), atribuirle la negación de la metafísica. Lo que ocurre es que las exigencias históricas de los tiempos en Sudamérica aconsejaba ocuparse de "los destinos de este continente", de los "destinos humanos", de la moral, la filosofía de la historia, la filosofía del derecho, el derecho de gentes, etc. "que no son sino ramos subalternos del estudio de los destinos humanos". Pero ello no significa, de ningún modo, la negación de la metafísica o filosofía especulativa. Lo que ocurre es que para orientar el curso histórico, para acelerarlo, retardarlo y hasta perturbarlo, hay que pensar como hombres de acción y la reflexión filosófica se vuelve práctica y concreta en la moral, la filosofía de la historia, la filosofía del derecho, la filosofía social. Pero ello no significa que exista imposibilidad para que eche raíces la metafísica. Al contrario: todas esas disciplinas prácticas de la filosofía, con las que interviene en la realidad histórica, contienen implícita o expresamente reflexiones y fundamentos metafísicos. Alberdi tiene una metafísica práctica.

La situación del pensamiento filosófico argentino se caracteriza, además, porque está abierto a todas las corrientes de la filosofía universal. En ese sentido es de una gran amplitud. Al mismo tiempo la realidad histórica del país, obliga a filtrar, a medir, a sopesar las ideas filosóficas, lo cual significa realizar una tarea no sólo de asimilación, sino de selección, crítica y creación. Si por un lado hay una gran apertura, por otro hay un angostamiento hasta tocar la realidad concreta. Si gustáramos de la hermenéutica hegeliana, hablaríamos de lo universal concreto. Acaso la imagen del embudo, aunque hiera a los refinados, no sea desechable. La acción obliga a pensar y el pensar reaccúa sobre la acción. Las fuerzas históricas se alumbran y se dirigen a sí mismas merced al pensar de las grandes personalidades, que tienen sentido de las necesidades de su época. Este "bumerang" hace ricos a los auténticos pensadores, que si no crean el mundo histórico le dan forma. A diferencia del político práctico y el historiador fichólogo, ambos acéfalos y pantógrafos que no necesitan dominar el fondo de los acontecimientos históricos ni su sentido profundo.

Pasado y actualidad filosóficos

En ciertos historiadores y críticos del pensamiento filosófico argentino se observan algunos errores de criterios y métodos de investigación. Están los que proyectan el pasado en el presente y otros que hacen lo contrario. En ambos casos se incurre en anacronismo, es decir en el defecto de atribuir a una época lo que corresponde a otra. De esta manera sucede una de dos: o el pensamiento y las ideas filosóficas de un pasado histórico cualquiera, se traen hacia adelante en el tiempo, o bien se llevan hacia atrás y al pasado las doctrinas y cuestiones del presente. En el primer caso, ocurre que los presocráticos, Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Kant o Hegel tienen vigencia actual y se los reconoce en el pensamiento vivo de los filósofos del presente. En el segundo, se llevan resultados filosóficos actuales a la interpretación de los filósofos griegos y modernos sin tener en cuenta las diferencias de altura o nivel histórico del desarrollo de la filosofía.

Si se examinan las doctrinas filosóficas del pasado desde la situación filosófica actual y se disuelve esta última en el pasado, se cae en una ilusión retrospectiva. Se han escrito historias del romanticismo para probar que éste siempre existió, pero acontece que se hace ese descubrimiento después que el romanticismo ha adquirido como doctrina forma madura. En esos autores se da la paradoja de que el romanticismo es anterior al romanticismo. Entre nosotros, Groussac, Ingenieros, Korn y otros han sostenido la existencia de un positivismo popular e infuso anterior al positivismo filosófico. En la viveza criolla titularía el positivismo no técnico. Una especie de concepción del mundo más que una convicción filosófica, erudita y crítica. Olvidan el *humus* cristiano de la cultura popular. El razonamiento de estos autores se parece a la lógica de ciertos biólogos de fines del siglo pasado, que veían en el hombre al mono y al simio superior.

Si por el contrario se proyecta el pasado en la actualidad filosófica, con olvido de las diferencias en las maneras de emerger

las corrientes filosóficas, desaparece toda novedad, innovación y creación filosóficas. Ocurre un poco lo que con ciertos bibliómanos, según señalaba el agudo espíritu crítico de Coriolano Alberini, que encuentran toda novedad en algún momento anterior, pero que son incapaces de prever los acontecimientos y corrientes filosóficas futuras. Tienen que aguardar a que se produzcan éstas para afirmar que estaban contenidas en la Biblia, en Platón, en Aristóteles o en el que fuere. Proceden por reducción de los acontecimientos y doctrinas nuevas a los antecedentes y doctrinas anteriores. En este caso olvidan que unos y otras son realidades espirituales, en las que importa tanto el pasado de donde emergen, como la emergencia misma, realizada siempre de manera diferente en el curso de la historia. La emergencia histórica del pensamiento de un filósofo actual, es otra que la del pensamiento de los griegos, o la de Kant, o la de Hegel. Limitándonos a la historiografía argentina, no se puede eliminar la distinta manera de emerger la ideología sensista del siglo XIX (Lafinur, Fernández de Agüero, Alcorta) y la que aparece en la filosofía positivista o en el cientificismo de los años finiseculares y las primeras décadas del siglo XX (Piñero, Matienzo, Bunge, Ingenieros). Tampoco se puede retrotraer banalmente las corrientes idealistas y espiritualistas (Romero, Virasoro, Fatone, Vassallo) al espiritualismo ecléctico del siglo anterior. Aún dentro de una misma corriente filosófica general, como es el pensamiento escolástico, no se puede reducir la emergencia histórica de esa corriente en este siglo (Casares, Terán, Pico, Castellani, Derisi, Sepich, Estrada) a su emergencia histórica en el siglo XIX o en el período anterior a la independencia. Saint Beuve y Valdan han escrito páginas muy profundas sobre esos historiadores y críticos que una vez que el suceso histórico o la doctrina filosófica emergió, les parece la cosa más lógica del mundo. Algo de esto le acontece a la dialéctica hegeliana y a sus continuadores y corifeos.